

814

FRANCISCO LHIRIBUZA B.

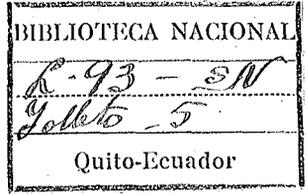
Bosquejos

y Discursos



Imprenta de JULIO SÁENZ R.
TIPÓGRAFO - EDITOR
1013

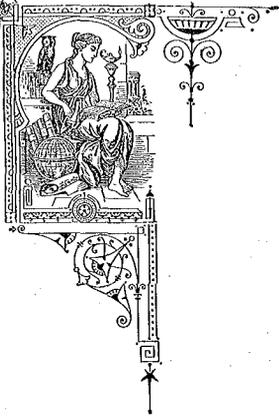
Para la "Biblioteca Nacional"



FRANCISCO CHIRIBOGA E.

Bosquejos

y Discursos



QUITO

Imprenta de JULIO SÁENZ R.

TIPÓGRAFO - EDITOR

1913

Dos palabras



A favorable y benévola acogida que obtuvo mi modesta publicación literaria "*Rimas de los Andes*," ha sido parte para que me resolviera a coleccionar algunos de mis escritos en prosa, que fueron ya publicados ocasionalmente o que han permanecido hasta hoy inéditos.

Nada valen estos escritos, ni se atreven tampoco a formar parte del acervo — si escaso, no despreciable — de nuestra literatura. Ellos son



tan sólo la expresión ingenua de un espíritu que piensa y siente, y que, de vez en cuando, ha hecho constar en el papel sus sentimientos e ideas.

Alguien ha observado ya — con bastante fundamento — que no ofrecen gran interés al lector las compilaciones de escritos que versan sobre distintos asuntos y que han salido antes a la publicidad, en ocasiones más o menos oportunas. Empero, si esto es verdad, también lo es que un libro o folleto más, a nadie perjudica; en especial si, como en el caso presente, es él meramente literario y se halla bien lejos de las odiosas rencillas de la política y de las agrias recriminaciones personales.

Bien hubiera querido ofrecer al público una obra útil sobre cuestiones sociales o de interés nacional; mas, para ello, se necesita disponer de tiempo suficiente, y no lo tiene muy de sobra, quien atiende, a diario, a los delicados asuntos profesionales que se le tienen confiados. Quizá más tarde me fuera posible escribir algo acerca de aquellos puntos; que sería para mí sobremañera satisfactorio.

Y ¿a quién ofrecer esta insignificante colección?..... Cada cual tiene sus predilecciones,

y yo las tengo también. Pues se la dedico a la noble y talentosa juventud ecuatoriana; a la juventud que es vida, que es actividad, que es entusiasmo; a aquella que es la honra de la patria y constituye su más fundado porvenir; a esa juventud que piensa, que siente, que trabaja, que estudia y que ambiciona.

Quito, Setiembre de 1913.

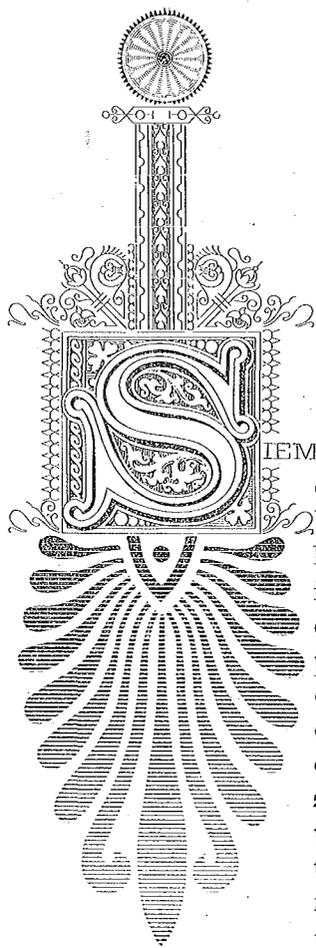
Francisco Chiriboga B.



BOSQUEJOS

Un Viaje

al Antisana



SIEMPRE he sido admirador de los espectáculos sublimes de la Naturaleza. Mi espíritu, amante de lo bello, se siente atraído, como por un imán, hacia todo lo que despierta emociones misteriosas, o que rompe la monotonía de la existencia, o que hace brotar ideas altas en el cerebro y sentimientos nobles en el corazón. El mar, con sus grandezas infinitas, las majestuosas y plateadas cumbres, la oscura tempestad embravecida, la catarata atornadora y horrenda, la selva gigantesca y dilatada, tienen para mi alma un atractivo irresistible, un encanto inexplicable. De ahí que viajar haya sido siempre y siga siendo en la actualidad uno de mis más poderosos ideales.

*
* *

Impulsado por esta afición innata, resolví, en unión de mis tres queridos hermanos y de nuestro apreciado pariente y amigo, el Sr. D.' Carlos Calisto G., verificar un paseo al Antisana, que es uno de los nevados más altos y más hermosos de la cordillera de los Andes.

En efecto; el 1º de Octubre de 1906—en estación apropiada para el objeto—partimos del valle de Chillo a pernoctar en la hacienda "Pinantura," que está situada al término del valle y en las faldas mismas de la cordillera.

A la mañana siguiente nos pusimos en marcha hacia el lugar de nuestro destino. Presentóse ella clara y serena, de modo que nos permitió observar perfectamente la diversidad de panoramas que se destacaban a nuestra vista. A medida que ascendíamos por la cordillera oriental, íbamos contemplando mayores extensiones de la occidental, con sus graníticos picachos, nevados unos, desnudos otros, que se erguían en la azulada atmósfera sin una nube que cubriera su magnífico esplendor.

¡Qué cuadro el que se extendió ante nosotros cuando coronamos la primera altura de la cordillera! El amplio y pintoresco valle de Chillo, iluminado por los rayos oblicuos del sol de la mañana, dejaba ver claramente la infinidad de arboledas que, en hermoso desorden, circundan las habitaciones de las fincas de ese valle; alternados en la planicie, como en un tablero de ajedrez, terrenos de color pajizo o amarillento con otros de esmeráldica verdura; relucientes, cual dispersas cintas plateadas, varios de los manantiales que fertilizan sus risueños prados, y distribuidas a cierta distancia tres o cuatro aldeas que levantaban, por entre los bosques que las esconden, las blanqueadas torrecillas de sus respectivas Iglesias. Cerraban este bello cuadro, cual marco

gigantesco, las desiguales cúspides de la cadena de los Andes, entre las que descollaban las del Pichincha, Atacatzo, Pasuchoa, Rumiñahui y Cotopaxi. El último arrojaba a los cielos enormes bocanadas de humo denso, que, con el suave hálito de la mañana, se esparcían lentamente por el horizonte.

Al trasmontar dicha altura, dejando el valle a las espaldas, cambia de súbito la decoración, y se mira sólo paisajes agrestes completamente distintos de los anteriores.

La primera sorpresa con que se encuentra el viajero, es una enorme erupción de lava y de piedras de todo tamaño producida, según asegura Wolf, a mediados del siglo diez y ocho, por el volcán Antisanilla, que, al parecer, está hoy apagado, pues permanece en inactividad absoluta. Es cosa digna de observar ese como aluvión petrificado que descendiendo de las cumbres en considerable latitud, baja en desiguales ondulaciones cubriendo la superficie del terreno en direcciones distintas y en la extensión de algunos kilómetros, hasta ir a perderse en las proximidades de la casa de Pinautura. Parece el hacinamiento de los escombros de cien ciudades de piedra, que algún cataclismo prehistórico las hubiese reducido a irreedificables ruinas y cuyos moradores quedaron allí sepultados para siempre.

La contemplación de ese cuadro produce en el ánimo admiración acompañada de un sentimiento de tristeza. No hay una ave que interrumpa con sus trinos el silencio permanente de aquel sitio, ni un arroyo que halague los oídos del viajero con su murmullo cadencioso. Me imaginaba que el recuerdo de aquella catástrofe vagaba todavía por esos lugares, ahuyentando de sus contornos todas las armonías de la naturaleza que pudieran hacerlo desaparecer. Sólo se veía en el fondo de la enorme quiebra hasta donde ha llegado la erupción, tal cual pequeña laguna, silenciosa é inmóvil; pues por la profundidad en que se encuentran encerradas, no llogan a ellas, para ponerlas en movimiento, las brisas de la cordillera.

Recorrida la cuchilla que domina la amplitud de la erupción, se entra ya en la inmensidad del páramo, por el cual se camina durante tres o cuatro horas hasta llegar a la casa de Antisana.

En el trayecto se va observando la extensión casi infinita de esas soledades, compuestas de enormes planicies interrumpidas por diversidad de colinas distribuidas en indescriptible desorden, cubiertas unas y otras de paja y desprovistas de toda otra vegetación. Del Isco,—lugar próximo al descrito,—para adelante, casi no se encuentra un árbol ni siquiera un arbusto en donde pudiera un hombre guarecerse de una tempestad; pero sí se escucha ya el ruido de sonoras fuentes, que naciendo en las nieves del Antisana, van camino de las selvas orientales prestando alguna animación a la monótona inmensidad del páramo.

El frío que se siente en esas alturas al aproximarse la tarde, es demasiado penetrante e intenso, y el viento, verdaderamente insoportable. Así que ansiábamos ya por tener delante de nuestros ojos al coloso andino, para sentirnos ante él indemnizados de las fatigas que inevitablemente ocasiona aquel viaje. Mas, como llegáramos por la tarde al punto de donde se lo domina, apenas si pudimos ver su base, ya que su cumbre se encontraba a esas horas cubierta por la niebla.

Cerca del anochecer, el monstruo se descubrió por breves momentos y se presentó a nuestra vista con su majestuosa e indefinible hermosura, pero alumbrado escasamente por la pálida y moribunda luz de una tarde nebulosa. Nos preparábamos, pues, a admirarle en toda su esplendidez a la mañana siguiente, en que debía estar iluminado por las radiantes luces de la aurora.

La noche en esos lugares es horripilante, ya porque la única habitación que allí existe está desprovista de toda comodidad, ya porque el frío arrecia de tal modo que cree uno haberse trasladado a los polos, ya, principalmente, por la asfixia que se siente a causa de la enorme altura donde

se asienta la casa, pues se halla a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, y es, de seguro, el sitio más alto del globo en donde habitan seres humanos de un modo permanente. Mas, esas incomodidades y molestias físicas estaban para mí neutralizadas con la ilusión cada vez más creciente de contemplar de cerca el Antisana y hollar con mis plantas su sempiterna nieve, y con la halagadora compañía de mis queridos hermanos y mi apreciado amigo, con quienes amenizábamos aun las horas de la noche, que, en soledad absoluta, deben de ser allí de verdadero sacrificio.

* * *

Amaneció, pues, el día tres de Octubre hermoso y despejado; y cual si el Antisana hubiese querido hacer ante nosotros ostentación de su belleza, al sentir las caricias de la aurora arrojó de sí su nocturno manto de niebla, para presentarse sublime en su deslumbradora desnudez. Llenos de entusiasmo y alegría nos dirigimos hacia él para gozarle y admirarle más de cerca; y a medida que nos aproximábamos, parecían aumentarse por momentos sus proporciones gigantescas.

¡Qué grandezas indescriptibles, qué primores nunca imaginados los que se presentaron a nuestros ojos cuando nos acercamos a la nieve! . . . Ya llegaban a nuestras pupilas los reflejos y cambiantes de los rayos del sol entre las desigualdades del nevado, el cual parecía una infranqueable barrera de diamante colocada por la mano de Dios entre la tierra y el cielo. Ya veíamos descender, en delgadas hebras de plata, el agua pura y cristalina que se desprendía gota a gota de la nieve, y que me parecía lágrimas que derramaba el coloso, al verse privado, a pesar de su grandeza, de su anhelo infinito de rasgar las nubes y escalar el firmamento. Me imaginaba ver una de esas inteligencias gigantes, uno de esos ingenios poderosos, a quienes un destino adverso les impide ascender, como quisieran, al pináculo de la gloria. Ya admirábamos

extasiados la infinidad de torreones desiguales y caprichosos, que se erguían aquí y allá a considerable altura, y que semejaban monumentos de mármol de Carrara de diversidad de colores, labrados en la soledad por artistas ignorados, o las cúpulas de algún templo misterioso levantado allí por el Genio de los Andes, para que los visitantes de esas regiones rindan en él merecido culto al Omnipotente Autor de la Naturaleza.

Excitado por el entusiasmo febril que sentía en mi alma en esos momentos, improvisé la siguiente estrofa, que, aunque insignificante y sencilla, hubiera querido gravarla en la nevada roca, como un débil recuerdo de esas horas de placer:

¡Oh espectáculo espléndido y grandioso!
 ¡Oh inmensa mole de perenne hielo!,
 ante tu majestad siento gozoso
 que, cual si fuera, como tú, coloso,
 se levanta mi espíritu hasta el cielo.

*
 * *

Ah!, no hay duda: siempre lo grande inspira a el alma ideas y sentimientos grandes. ¡Cómo anhelaba, al pié del egregio monte, que él hablara materialmente conmigo y me revelara los secretos de la altura!..... Y él, aunque inmóvil y callado, hablaba, en efecto, con su elocuencia muda, a mi agitada y turbulenta cabeza, a mi inquieto y ambicioso corazón.

Y en verdad, ¡cuán distintas reflexiones se agolparon en mi cerebro en aquellos momentos inolvidables!

Meditaba, algunos instantes, en la pequeñez del hombre, que, colocado junto a esos gigantes de la naturaleza física, parece un débil gusanillo de la creación. Pero admiraba aún más la grandeza de esos destellos de la Divinidad —la inteligencia y el ingenio humanos—que, encerrados en ese diminuto sér, hacen que él domine la Tierra a su capricho y que ella le tribute vasallaje como a su rey y su señor.

Consideraba el término a donde irían a parar esas gotas de agna pura en que se deshacía la nieve cristalizada al sentir el calor de los rayos solares; y siguiéndolas con mi imaginación en su dilatada carrera, las veía primero atravesar solas y casi perdidas por entre los repliegues del páramo, unirse luego a sus compañeras y descender bulliciosas por las pendientes de la cordillera, abriéndose camino hacia las remotas selvas orientales; engrosar más allá con otros manantiales de igual origen y constituir ya una de las innumerables serpientes de plata que culebrean por entre los seculares bosques del Oriente, y formar, por último, parte integrante del Amazonas, el más soberbio y majestuoso de los ríos del mundo. Observaba, pues, allí, cómo el gigante de las selvas solitarias no tenía un origen humilde, sino que había sido engendrado por los gigantes de los páramos andinos.

Tal sucede con el hombre—me decía. Pequeño e insignificante en su niñez, a medida que avanza en el camino de la vida y desarrolla y nutre su poderosa mente, va siendo cada día más grande y respetable; únese, más tarde, en sociedad con los demás hombres cambiando mutuamente ideas y conocimientos, y es ya un miembro importante y vivificador del gran cuerpo social, hasta llegar, en veces, a atraer sobre sí la admiración y los aplausos de su Patria. Pero ese su ingenio portentoso, sublime, avasallador, no ha podido,—a semejanza del Amazonas—, tener jamás un origen miserable; ¡no!: ¡el gigante de la creación necesariamente debió ser engendrado por el gigante de los cielos!.....

Reflexionaba, además, acerca de la diferencia que hay entre las alturas y los valles, y hacía una aplicación exacta a lo que sucede en el espíritu humano. En ellas, el viento azota con furor incontenible; las tormentas y los rayos se ciernen con aterradora frecuencia; los destellos del sol alumbran, pero parecen desprovistos de calor, y las nubes como que tratan de envolverlo todo en su tenebroso velo. Al paso que en los valles todo respira paz y serenidad: la brisa apenas si mece con suavidad las copas de los árboles; el sol deja sentir su vivificante calor, despertando al

propio tiempo los gérmenes fecundos de la tierra, y los manantiales no se precipitan estrepitosos de precipicio en precipicio, sino que se deslizan mansos y dulcemente murmuradores entre las florestas y los prados.

¡Cuánta semejanza con lo que acontece en el corazón!... ¡Qué de preocupaciones le intranquilizan cuando avanza camino de la altura! El cierzo de la emulación y la perfidia le arremete con violencia; las grandes responsabilidades le abruma; las ambiciones ya no reconocen límite, y las zozobras y amarguras aumentan y aumentan sin cesar, a medida que ve deshacerse en polvo sus anhelos infinitos. Mas, ¡qué tranquilidad tan envidiable, qué satisfacción tan cumplida la que se ve rebosar, en ocasiones, en los seres que sólo han hollado los bajos peldaños de la escala social! Su espíritu no se agita incesante por los cálculos de la conveniencia, y su corazón como que da más franca salida a sus sentimientos a impulsos de la sinceridad y de la paz. Batalladores constantes en la lucha por la existencia, no se sienten, sin embargo, agobiados por ella, a pesar de que no obtienen tregua alguna; y esto, a causa de sus reducidas aspiraciones. Su sueño es tranquilo, reparador y jamás interrumpido por los insomnios que ocasionan las ambiciones ilusorias, y su pecho no se conturba por las incertidumbres del porvenir.... ¡Ah!, y a pesar de todo, ¿no soy también de aquellos espíritus que sienten la nostalgia de la altura, que abriga interiormente vagos ensueños de grandeza y esos anhelos nobles e inmortales de alcanzar los laureles de la gloria?.... ¡Incomprensibles son los misterios de nuestro corazón!!....

*
*
*

El paisaje que dominábamos desde ese lugar era, aunque agreste y solitario, verdaderamente grandioso. La inmensidad del páramo semejaba el gigantesco oleaje de un mar agitado, que ora se deprime hasta tocar en el abismo, ora se levanta a alturas sorprendentes hasta perderse en las

nubes. A lo lejos se destacaban las cúspides del Quilindaña, del Sincholagua y del Cotopaxi; la de éste, medio velada por la niebla, coronada de un penacho de humo proveniente de su cráter y cubierta su blanca vestidura de volcánicas cenizas. En la dilatada llanura que se extendía a nuestros piés, se divisaba, entre pequeñas colinas que le sirven de marco, la laguna de la Mica, cual un hermoso espejo abandonado en esos desiertos para que se remiren en él constantemente las nubes y los montes. . . . ¡Y todo este silencioso cuadro, bañado por los rayos puros del sol de la mañana! ¡Oh! mi corazón latía allí fuertemente, más que por el enrarecimiento del aire y los efectos naturales de la altura, por las gratas e inolvidables impresiones de que estaba poseído! Miraba cuanto tenía en derredor, y en especial la magnificencia augusta del nevado, con la avidez de un artista enamorado de la Naturaleza. Y cuando hollamos con nuestras débiles plantas la immaculada nieve, recordamos con fruición a los seres que ocupan lugar preferente en nuestro pecho, y nos dimos los cuatro hermanos un abrazo entrañable y sinceramente fraternal, como prenda segura de que nuestra unión y cariño seguirán inalterables hasta la muerte.

Como no nos era posible ascender algo más hácia la cumbre, ya que no habíamos llevado instrumentos apropiados para el objeto; resolvimos regresar al lugar de nuestro hospedaje, no sin dar un sentido adiós a esas altas y eternas soledades, que habían hecho brotar en nuestras almas inenarrables emociones.

*
* *

En la tarde de aquel mismo día, después de haber recorrido grandes extensiones por entre el laberinto del páramo, contemplamos, al descender por una colina, la preindicada laguna de la Mica, en toda su amplitud. Tiene ella aproximadamente tres kilómetros de largo por uno de ancho, y está corcada por sus tres lados por colinas de variada

estructura cubiertas sólo de paja. El lado restante lo compone una enorme planicie donde padece frecuentemente el ganado y por la cual se desliza, en silencio, un riachuelo que nace en la misma laguna. El aspecto de ésta es bello, pero con esa hermosura saturada de un ambiente de tristeza, propia de aquellos lugares solitarios en donde las únicas compañeras del hombre son las borrascas y las nubes. Estas se arrastraban lentamente por los collados vecinos, cubriendo además gran parte de la superficie del lago; y sólo a trechos se veía que los rayos del sol,—en eterna lucha con ellas,—las vencían momentáneamente para iluminar las cristalinas ondas, las que permanecen en agitación constante, impelidas por el récio soplo del viento, que allí no duerme jamás.

Quien hubiere recorrido la hermosa provincia de Imbabura y visitado sus diversos lagos, podrá formarse una idea bastante exacta del de la Mica, o Micacocha, como le denomina Wolf. No tiene la belleza del de San Pablo, que está circundado de poblaciones indígenas, de arboledas frondosas, de sementeras y de prados, y que rebosa por todas partes animación y alegría; sino, al contrario, se asemeja muchísimo al de Mojanda, por su majestad severa y agreste y por su silencio sepulcral. Y así, mientras el de San Pablo parece que ríe constantemente, los otros dos se cree que lloran en la soledad, encerrados entre graníticos picachos, cubiertos perpetuamente por el fúnebre crespón de la niebla y sin mirar en sus alrededores un sér viviente que pudiera recoger sus abundantes lágrimas.

*
**

El día 4 de Octubre, último de nuestro paseo, fué lleno de movimiento y animación; pues debía ser encerrada entonces, en los corrales de Antisana, la mayor parte del ganado de ese fundo. Había para ello, como de costumbre, cerca de cuarenta hombres a caballo, los que fueron distribuidos en distintas direcciones, para recoger las últimas reses que hubiesen quedado escondidas entre los repliegues del pá-

ramo. Cabalgamos también nosotros y nos dirigimos hacia las inmensurables planicies de la meseta andina que miran el descenso opuesto de la cordillera; y llegamos a un punto desde donde, a no habérnoslo impedido la niebla, hubiéramos dominado Papallacta y una gran parte de las selvas orientales.

De los planos, de las pendientes, de todas partes veíamos converger en precipitada carrera, hacia los corrales de la hacienda, diversos grupos de ganado vacuno, conducidos por la campestre caballería distribuida a distancias, como en línea de combate. Por la tarde, desembocaban en el corral por delante de nosotros, tres mil cuatrocientas cabezas de ganado, que con su mugido frecuente y su constante movimiento prestaban animación y alegría a esos lugares desolados.

A la mañana siguiente bajamos de aquellas alturas hacia el valle de Chillo, agradecidos de las finas atenciones de nuestro pariente y amigo, el Sr. D. Carlos Calisto G., arrendatario de ese fundo, y trayendo el recuerdo de variadas y muy gratas impresiones, que después las he consignado en el papel y que en mi alma no se borrarán jamás.

Enero de 1907.



EL LENGUAJE DE LOS OJOS



NADA hay en el sér humano que sea tan expresivo como los ojos, esas *ventanillas del alma* — como alguien les ha denominado, — a que bien pudiera apellidarseles de *intérpretes del espíritu*.

Las palabras brotadas de los labios y de la lengua, por más que hayan germinado en el fondo del corazón, han sido y serán siempre impotentes para manifestar los sentimientos íntimos, las sensaciones profundas, las emociones intensas, con la claridad y exactitud con que los decifra una mirada sola, en su elocuencia arrobadora y muda.

Triturantes dolores, vivificadoras alegrías, ilusiones áureas, anhelos llameantes, odios secretos, intenciones pérfidas, dulzuras inefables . . . ; todos los matices del alma, todos los cambiantes del corazón, todos los dramas de la vida, pueden fácilmente compendiarse en una sola expresión de los ojos; pueden ser sorprendidos, con instantaneidad, en una mirada reveladora.

Contemplad a la mujer apasionada, que escucha complacida las amorosas palabras de su adorador. La emoción se dibuja en su semblante, el seno le palpita apresurado, sus labios no aciertan a pronunciar palabra alguna. Pero, si-

lenciosa, ruborizada, dirige de soslayo a su amante una mirada quemadora y sonriente; y esa sola mirada ha encerrado, en su pequeñez, un mundo todo: simpatías e ilusiones, placeres y torturas, esperanzas y promesas; lo que da vida y lo que mata, lo que engrandece y lo que deprime, lo que engendra y lo que devora, lo que abrillanta y lo que ensombrece, lo que abrasa y lo que consume, lo que reúne en sí las alboradas del cielo con las oscuridades del averno; en una palabra: el amor.

Mirad esos ojos fijos, penetrantes, duros, que clava el padre sobre los de su hijo indómito, rebelde a las amonestaciones dulces. ¿No encierran un reto formidable, una lección severa, más temible y eficaz que la reprensión más horrorosa?.....

Y esa mirada materna hacia el primogénito que se aduerme en su regazo, ¿no revela, por sí sola, todas sus ternuras infinitas, todos sus indefinibles cariños, todas sus ambiciones para lo porvenir?....

Aquellas pupilas taciturnas, inmóviles y, al parecer, tranquilas, que el hombre pensador y sensible fija vagamente en los confines del horizonte crepuscular, ¿no expresan la momentánea calma de tempestuosas agitaciones internas, las últimas llamaradas de un incendio que se apaga, las palpitaciones íntimas de un corazón que siente o las serenas creaciones de un cerebro que medita?....

¡Ah!, el idioma de los ojos!.... Idioma universal, cosmopolita, divino. Lo sabemos todos, sin que nadie nos lo haya enseñado; lo comprendemos desde que se nos mece en la cuna; es el mismo en todos los pueblos de la tierra, a despecho de la diversidad de razas, lenguas, religiones y costumbres, y no hay diccionario capaz de abarcarlo en su totalidad, porque existen sentimientos y pasiones que no alcanzan a ser interpretados con propiedad sino por los ojos, ya que la lengua no ha encontrado todavía vocablo alguno para exteriorizarlos.

Y ¿qué decir de la más bella, de la más conmovedora expresión de los ojos: de las lágrimas?... Nó, es imposible!: al pretender decifrar lo que significa una lágrima, toda pluma se siente lánguida y enmudecida. Decía Lamartine que los mejores versos son aquellos que se los concibe interiormente, pero que no se los puede hacer. Algo semejante podemos afirmar acerca del significado de las lágrimas: las más hermosas ideas son las que sentimos bullir en lo más recóndito de nuestras almas, pero que nadie las ha podido expresar fielmente hasta ahora.

Varía también el lenguaje de los ojos con relación a su color. Los azules nos hablan de esplendores de cielo, de playas remotas de felicidad y dulzura, de misteriosas lejanías que atraen y seducen con el imán de lo desconocido. Los ojos verdes revelan en sus miradas algo como las turbulencias del mar, como las inquietudes de las olas que se dirigen incesantes hacia incógnitas orillas; o, en veces, retratan ellos la apacibilidad de los prados de esmeralda arrullados por el aliento de fresca y perfumada brisa. Los pardos sintetizan las languideces del crepúsculo, que convida a la meditación y a los recuerdos, poseen el idioma celestial de la hora gris al espirar la tarde en su lecho de occidente; idioma patético, sublime, mudo, que desata su elocuencia cuando se apagan las fulguraciones de la luz—ya sea del sol o de la ilusión—y se envuelve el espíritu en las tinieblas de la noche; idioma encantador, lleno de voces nostálgicas y de acentos de infinita poesía. Los ojos negros.... ¿quién podrá interpretarlos?... Los ojos negros tienen el lenguaje de lo arcano, de lo insondable, de lo misterioso. Nos hablan, como nos hablan las profundidades del abismo; nos conmueven, como nos conmueve la tormenta con su electricidad y sus negruras; nos atraen, como nos atraen los ensueños; nos convidan, como nos convida el nocturno cielo tachonado de luces diamantinas y en cuya inmensidad arcana parece que se ocultan otros mundos inmortales.

El idioma de los ojos es también el reflejo del carác-

ter de las personas. Adormecidos o relampagueantes, inquietos o inmóviles, dulces o severos, penetrantes o lánguidos, revelan siempre la fisonomía moral de quien los lleva, sus inclinaciones y sus anhelos, sus asperezas y sus dulzuras, sus apatías y sus vehemencias, sus tristezas y sus entusiasmos.

Sin el lenguaje de los ojos, no ejercería la palabra humana el poderío que tiene sobre los individuos y sobre las muchedumbres; ya que él la complementa y la vivifica. Sin el lenguaje de los ojos, el semblante mismo fuera intractivo y mudo, como lo sería el orbe sin las miradas fulgurantes del sol, o las sombras taciturnas de la noche sin el misterioso rutilar de las estrellas.

Mayo de 1911.



La tempestad en los Andes



MANECE el día triste y sombrío. La niebla, interceptando por completo los rayos del sol, cubre los montes y collados, y se arrastra con lentitud por entre los árboles del campo y las torres de la ciudad.

Poco después, una brisa suave y silenciosa, secundando los esfuerzos de las luces matinales, desgarrá con dificultad el nebuloso manto y deja entrever algunos claros de cielo y las siluetas de las más próximas montañas.

Surge, más tarde, el sol; y, con sus flechas de oro, disipa violentamente las espesas brumas, que van a refugiarse en las dos cordilleras, cual si se acogieran a sus gigantescas moles para que las protejan en su combate con la luz.

Mientras el sol irradia en el cenit, permanecen ellas inmóviles en dicho lugar, permitiéndonos ver tan sólo, a grandes distancias, algunas cúspides andinas, que levantan su cabeza por entre el crespón que las circunda, como queriendo respirar unos momentos y contemplar el cielo antes de que las cubran con su manto las nebulosidades de la tarde.

A poco, el viento se despierta; las nubes, impelidas por él, se arremolinan en la altura y se mueven en distintas direcciones cubriendo violentamente la totalidad del horizonte. El trueno comienza ya a resonar en las entrañas de la atmósfera; las ciudades y los valles se llenan de sombras funestas; las montañas desaparecen a nuestra vista, y las copas de los árboles se mecen con violencia, produciendo, no un murmullo apacible, sino un ruido ensordecedor.

Las tempestuosas nubes van aumentando en densidad a cada momento y se presentan encrespadas, semejando el oleaje de un mar invertido y suspenso sobre la tierra.

Comienza luego a desatarse la tormenta sobre la cima de las más escarpadas sierras y elevados montes. Continuos y deslumbrantes rayos se lanzan sobre las endurecidas rocas, cual rugientes lenguas de fuego que descendieran de lo alto. El huracán extiende bien pronto la tempestad en los vecinos valles y la lleva también a desahogar sus iras en no lejanas regiones de las andinas comarcas.

Destréznanse presurosos los oscuros nimbos de la altura y vierten enloquecidos sus copiosas aguas, difundiendo por donde quiera el pavor y el estrago. Se improvisan torrentes ennegrecidos y lodosas cascadas, que secundan con sus rumores los rugidos de la tempestad. Los ríos elevan su nivel; destruyen sus riberas, únos; chocan, ótros, contra las rocas graníticas de sus cauces, y truecan en voces amenazadoras sus antes halagadoras armonías.

Al tremendo retumbar del trueno, al estallido aterrador del rayo y al sordo rebramar del aquilón, parece que tiemblan despavoridos las aldeas y los campos; en tanto que el espíritu ávido de emociones intensas, admirador de las escenas sublimes de la Naturaleza tropical, sacude sus delicadas fibras, se estremece fuertemente, y se despoja, siquiera por instantes, de su abrumador letargo.

Apacigua ya la tempestad sus furias; las nubes se enrarecen y empiezan a esfumarse con lentitud; los torrentes van disminuyendo gradualmente su caudal; los ríos acortan, poco a poco, la velocidad de su carrera, y las mieses y arboladas comienzan, como a sacudirse, para restablecerse de su quebranto.

En la ciudad, fluye de nuevo la actividad en sus arterias; reanúdase el interrumpido tráfico, y el bullicio y la animación retornan a la vida, pasados ya los rigores de la tormenta.

Al anochecer, una luz moribunda y suavemente arbolada lanza sus últimos destellos por detrás de las cumbres occidentales, como avergonzada de haber cedido el campo a la tempestad y cual si ofreciera derramar, a la mañana siguiente, sus vivificantes dones, para reparar los destrozos ocasionados por los furioses de su vencedora.

Febrero de 1910.



MARTIRIOS Y MÁRTIRES

(En el Centenario de la inmolación a los Próceres de la Independencia-Americana)

 EN pocas palabras puede resumirse la historia de los seres superiores: tras sus ideales, la grandeza; tras su grandeza, el martirio; tras su martirio, la inmortalidad.

Bastará, para comprobarlo, rememorar los hechos culminantes de algunos espíritus privilegiados, que, ora por sus talentos, ora por sus virtudes, ora por su genio, han sido la honra del humano linaje.

*
* *

La esfera terrestre se hallaba todavía incompleta a los ojos de los hombres. Al occidente de Europa y al oriente del Asia no se veía sino mares nebulosos, que se extendían al infinito, envueltos en las brumas del misterio. Algunos sabios presumían vagamente, entre dudas e incertidumbres, la existencia de otras masas de tierra, que equilibraran, en el globo, el peso del antiguo Continente; y concedieron realidad a la Atlántida soñada, que hasta hoy permanece oculta entre las tinieblas de lo desconocido.

Pero aparece un genio colosal; irradia en su mente una inspiración divina, y con sus ojos chispeantes, capaces de penetrar en las lejanías de lo ignoto, cree divisar un mundo maravilloso a través de los nimbos que flotan sobre la superficie del océano.

Con fé ardorosa en sus ideales, y con un corazón de bronce para luchar, en atlética contienda, con las tempestades y los vientos, con los ciclones y las borrascas; lanza sus navecillas al mar, y las entrega al capricho de las olas, con rumbo a las regiones del misterio

¡Tierra!! grita alborozado, casi loco de placer, al contemplar ante sus ojos, tras indecibles padecimientos y fatigas, tras innumerables angustias y desesperanzas, un mundo primoroso y magnífico, que será algún día el centro de las riquezas y de la civilización del orbe.

¡Gloria a Colón!: gritó el mundo entusiasmado. *¡Gloria al héroe sin segundo!*: han repetido delirantes los millares de hombres admiradores de su genio.

Mas, tras la grandeza, viene el martirio; y Colón no podía quedar exento de esta ley inexorable. En uno de sus viajes posteriores, vilmente calumniado por sus enemigos, herido con crueldad por los artéros dardos de la envidia, regresaba de América cargado de cadenas, como un criminal. Y esos mismos mares que le contemplaron una vez circundado de luz, palpitante de gozo, agobiado al peso de la gloria, miráronle, más tarde, abatido, anonadado, ante la ingratitud de los suyos y la infamante marca que sus contemporáneos trataron de gravar sobre su frente.

Y después, cuando su cadáver vagaba por diversos lugares "sin encontrar tumba,"—como tan hermosamente dice un insigne poeta compatriota nuestro—, fué apedreado por el populacho español, inconsciente, enloquecido.

¡Oh! las ironías de la suerte!

¿Y ahora? La mayor parte de las capitales del Nuevo Mundo ostentan con orgullo, sobre majestuosos pedestales de granito, la figura colosal del Descubridor de América, del Genio que completó el Orbe.

Sí, tras el martirio viene la inmortalidad!

*
**

Retorcíase la Francia en convulsiones epilépticas. Ya brotaban de su cerebro rayos luminosos para deslumbrar al mundo; ya blandía su brazo el hacha demoledora. Ideas grandiosas y acciones execrables, republicanas teorías y escenas canivalescas, principios humanitarios y aplicaciones sangrientas, mezclábanse en confuso torbellino, que agitaba y conmovía a todo el universo.

Aparece, entonces, un hombre extraordinario, que con su altivez, su ingenio y su grandeza se impone a las muchedumbres frenéticas, las avasalla, las domina y las lleva hasta a colocar sobre su frente la corona imperial.

¡Qué gloria la de Napoleón! Su nombre repercutía incesante del uno al otro extremo de la tierra, acompañábanle por todas partes la Victoria y la Fortuna, y sus múltiples hazañas eran immortalizadas, a porfía, por el pincel, por la pluma y por la lira. Dominaba a su querer la Europa, ensanchaba sus aspiraciones hasta lo infinito y ambicionaba colocar bajo su cetro los dos Continentes.

Pero llega un día en que la Fortuna le vuelve las espaldas, cae de su trono casi omnipotente, y..... empieza su martirio.

¡Cuánto va de Austerlitz a Waterloo!

Solitario, después, en una de las rocas azotadas por el Atlántico, veía Napoleón esfumarse su poderío y su grandeza, como se esfuman los ensueños en la tarde de la vida, como se pierden las ondas en las lejanías del horizonte. En pie, a orillas del océano, sumergido en profundas meditaciones sobre su pasado; comparando incesantemente la inestabilidad de las olas con las volubilidades de la humana suerte, la majestuosa soledad del mar con la incomparable soledad suya, los fulgores lejanos del sol en el crepúsculo con los reflejos distantes de su gloria..... era, no hay duda, un verdadero mártir.



Y después?..... Su nombre "ha fatigado a la Fa-
ma," y su recuerdo no morirá y ni siquiera dormirá en la
memoria de los hombres,

*
* *

Gemía silenciosa la América, aherrrojada con las ca-
donas de la esclavitud. Ni un rayo de luz en su vasto
horizonte, que presagiara el advenimiento de la Libertad.
Sombras, incertidumbre y abrumadora nostalgia dominaban
en el espíritu de los patriotas, que, en número escaso, pal-
pitaban en las inmensas y privilegiadas regiones que se
extienden desde el Mar Caribe hasta la Tierra de Fuego.
Nadie se atrevía a lanzar a los aires una voz airada de
protesta; nadie osaba realizar el acto más insignificante de
altiva rebelión.

Mas, de improviso, se oye resonar en mi adorada pa-
tria, en esta cuna querida donde se mecía la libertad de
América, en la inmortal y valerosa Quito, la voz sublime
de nuestros padres, que clamaba poderosa por la soñada
Independencia.

Despiértanse los pueblos del Continente, sacúdense
del letargo en que yacían, y brotan por donde quiera los
genios, en generación espontánea, como brotan las palmas
en las selvas tropicales, los peces en las profundidades del
mar y las estrellas en el firmamento.

Surge, dominando a todos, como un semidiós bajado
del cielo a cumplir mandatos providenciales, el grande, el
excelso, el incomparable Bolívar. A los fulgores de su
espada, se disipan las sombras seculares, huyen despavori-
das las opresoras huestes, atráese la América las miradas
absortas de la orgullosa Europa, y enciéndese el Sol de la
Libertad. Aclámase, entonces, a Quito como a "Luz de
América" y a Bolívar, como al inmortal Libertador de
un Mundo.

Y más tarde?.... ¡Ah!, desconsuelo e indignación se siente al recordarlo!..... Los Próceres, asesinados; el Genio, vilipendiado y proscrito!.....

Y para que, al correr de los años, la posteridad justificiera esculpa en el mármol y en el bronce los nombres de esos héroes, y levante monumentos y entone himnos de gloria al Padre de la América.

Tras la grandeza, siempre el martirio; tras el martirio, la inmortalidad!

*
*
*

Agitábase el mundo pagano en inquietante incertidumbre. Sentía la humanidad, en lo más recóndito de su alma, la necesidad de un Sér a quien adorar noblemente, a quien tributar sus homenajes. Vacilaba en la aceptación de las doctrinas que habían de aquietar, algún tanto, su turbulento e insaciable espíritu, y en la adopción de los dioses que habían de satisfacer a su mente. Buscaba errabunda un centro de gravitación moral, y no lo encontraba.

Empero, asoma allá, en el Oriente, como rayo de luz después de prolongada y tenebrosa noche, el Ungido de lo alto, el Mesías esperado por los pueblos, el divino Jesús.

Desde su presentación en el escenario del mundo, revela que en su sér hay algo superior a los demás hombres. Actitudes, palabras, hechos y doctrinas comprueban claramente la verdad de sus aseveraciones y que ha traído a la tierra una misión divina. Atráese, como poderoso imán, las miradas, los afectos, la veneración, el respeto irresistible de cuantos le conocen, y difunde por todas partes doctrinas y principios salvadores para la humanidad. Con una suavidad y una mansedumbre verdaderamente celestiales, va infiltrando sus enseñanzas en los más relacios corazo-

nes. Derroca con su persuasiva palabra los altares de los ídolos, y funda la más espiritual, la más noble, la más alta de las religiones.

Reconócenle por todas partes como al Hijo de Dios, y delirantes de entusiasmo, fascinados por sus virtudes y su excelsitud le conducen los pueblos, circundado de palmas y laureles, a Jerusalén.

Mas :....., acechábanle ya de cerca las crueldades del martirio! Los monarcas de entonces no podían soportar serenos que se condenara sus perfidias y se reprobara sus tiránicos abusos; y le condenan a morir en patíbulo infame, como al más vulgar y siniestro de los criminales.

¡El martirio de la Cruz!.... El más solemne, el más admirable, el más sublime, el más infinito que han contemplado los hombres!..... ¡El drama de la Cruz!.... La tragedia más grandiosa, que han presenciado los siglos sobre el escenario de la Tierra!

Y hoy?.... Esa doctrina veinte veces secular es acatada por la mayor parte de los pobladores del planeta, por benefactora, por elevada, por salvadora de las sociedades. Y el Mártir Divino del Gólgota continúa venerado y reverenciado por millones de hombres, y seguirá siéndolo hasta la consumación de los siglos. Y la simbólica Cruz sigue consolando al pecho humano en sus tribulaciones y amarguras, apaciguando sus furores, ennobleciendo sus sentimientos, amparando sus despojos junto al sepulcro y fortificando su espíritu para el incierto y tenebroso viaje al través de las misteriosas regiones de ultratumba.

¡La gloria de Jesucristo, es la más eterna de las glorias; la inmortalidad suya, la más excelsa de las inmortalidades!

*
*
*

Hay también otro mártir admirable. Es el alma hu-

mana, que medita, que siente y que ambiciona. Y su martirio es mayor en la vida moderna, inquieta, nerviosa, desorientada.

Impelida por aspiraciones sin límite, por ideales irrealizables; con embriagueces de vida, en ocasiones; con locuras de aniquilamiento, en ótras; camina con paso incierto, sin rumbo conocido, por los senderos de la existencia. Ambiciona todo a la vez, aun lo más inasequible, y acaricia esperanzas, ensueños e ilusiones, que luego se desvanecen y se esfuman. Quisiera vagar de clima en clima, de zona en zona, en busca de la anhelada felicidad; y como no la encuentra completa en ninguna parte, se retuerce entre las desesperaciones del escepticismo, o se sumerge en las torturas de la nostalgia. Ora siente las rebeldías de la carne, y se lanza en busca del placer; ora se concentra dentro de sí misma, y se complace en reavivar sus heridas o en disipar con el engaño sus amarguras. Nada le satisface ni le llena. Anhela abarcarlo todo, saberlo todo, dominarlo todo; y en todo satisfacer lo infinito de sus aspiraciones.

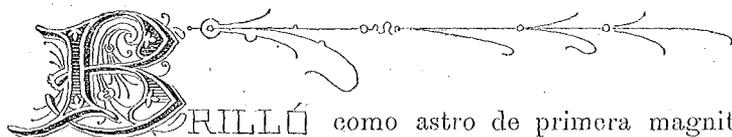
Suspira por la paz; y lucha incesantemente con cuanto le rodea. Desea no ignorar nada; y día a día se mira más envuelto en sombras. Pretende llenar su corazón; y cada vez lo encuentra más insaciable.

¡Oh!, si es verdad que nuestro espíritu vive más intensamente en la época moderna, porque la vida no debe contarse por las horas de existencia material, sino por los latidos de nuestro corazón, y éstos se duplican donde hay anhelos y sensaciones, inquietudes y esperanzas; también lo es que él, con sus vehemencias y sus languideces, con sus entusiasmos y sus locuras, con sus rebeldías y sus aspiraciones, permanece en eterno martirio.

Sí, gran mártir es el alma humana que piensa, que siente y que ambiciona.

Agosto 2 de 1910.

El R. P. Enrique Faura



B Brilló como astro de primera magnitud en el inmenso horizonte donde despide su luz esplendorosa aquella constelación de varones sabios y virtuosos, que se llama la Compañía de Jesús.

Brillaba en el cenit... y cuando nadie lo preveía, se agolparon en torno suyo las misteriosas sombras de la muerte, le cubrieron con su capuz, apagaron su esplendor y dejaron a la Iglesia y Sociedad ecuatorianas sumidas en dolor inconsolable.

Sí, la Iglesia y la Sociedad ecuatorianas están de duelo. La Iglesia, de la que fué una poderosa columna y a la que prodigó incalculables bienes con su predicación persuasiva, su ilustración profunda y su clarovidente inteligencia. La Sociedad, para cuyos distinguidos miembros fué un apóstol en sus tribulaciones, un maestro en sus dudas, un consejero en sus dificultades.

Su palabra fácil y fecunda se deslizaba en la cátedra sagrada, no con las grandiosas armonías del torrente que se despeña, pero sí con la suavidad y los rumores del arroyo que corre entre los prados. Y a la manera como éste va penetrando gota a gota en el seno de la tierra y cubriendo de limo fecundante a las plantas de la orilla; así

ella se infiltraba imperceptible en el alma de los oyentes e iba depositando en su interior los gérmenes fructíferos de la verdad.

No tenía, ciertamente, la elevación sublime del poeta ni los conmovedores rasgos de los espíritus ardientes; pero lucían en sus discursos, con majestad arrobadora, la serenidad y calma del filósofo, la precisión del literato, la sencillez del moralista, la profundidad del teólogo, la cultura y las dotes del orador y la vasta erudición del sabio.

¿Quién no escuchaba con embeleso sus admirables enseñanzas lanzadas en lenguaje castizo desde lo alto de la tribuna católica? ¿Quién no acudía presuroso a disputarse un lugar desde donde pudiera oírse su cautivadora palabra?

¡Ah!, cómo se contrista el ánimo al observar cual van desapareciendo estos hombres superiores, capaces de iluminar con sus luces el oscuro horizonte que cubre actualmente a la Iglesia y Sociedad ecuatorianas! ¡Cómo se llena de pavor al contemplar a los robustos cedros, que parecían desafiar a la tempestad y sobreponerse a sus rigores, caer despedazados, cual débiles plantas, al primer soplo del huracán sombrío de la muerte!

Cayó, sí; pero como caen los espíritus privilegiados, sereno y tranquilo, con aquella tranquilidad propia de las almas grandes, que llevan la convicción de haber cumplido sobre la Tierra la misión que la Providencia divina les confiara.

Cayó, sí; pero con el estoicismo propio de los justos, que no encontrando en este mundo nada que satisfaga a sus anhelos, vuelan gozosos a la patria celestial, para inebriarse, allí, en la contemplación clara y perpetua de la Divina Esencia.

Cayó y desapareció: pero dejando en nuestra sociedad inolvidables recuerdos, simientes fecundas de los dis-

tintos ramos del saber, ejemplos de sólida virtud y pruebas prácticas de que ésta no se halla jamás reñida con la sociabilidad y que muy bien pueden amalgamarse en el alma del sacerdote el cumplimiento estricto de los preceptos del Evangelio, los miramientos y la cultura de la vida social y la dignidad respetable exigida por la santidad de su estado.

Y ¿plugo, ¡oh Dios!, a tu albedrío arrancarle de nuestra Patria, en la plenitud de la vida y en esta época azarosa para la Iglesia, cuando con su influencia y saber pudo seguirle prestando innumerables beneficios, y cuando con su palabra poderosa podía no sólo mantener firmes en sus doctrinas a los espíritus creyentes, sino aún atraer a su seno, por medio de la convicción, a los débiles y vacilantes?

¡Inclinemos la cabeza y adoremos el misterio!

1906.



A bordo

BE cumplido una ilusión!.... Ya estoy aquí, sobre las undosas aguas del océano, respirando un ambiente de grandeza y de soledad infinitas! Aquí, donde mis pupilas no alcanzan a contemplar otra cosa que lo que hay en la naturaleza de insondable, de inmenso: la cerúlea bóveda celeste inundada de la eterna luz que vivifica a los mundos y que derrama sus rayos sobre la superficie del mar; y la imponente majestad del océano, con su horizonte sin límites, sus caprichosos oleajes, sus brilladoras espumas y su belleza incomparable.

Ya se siente mi espíritu emocionado y como suspenso ante las solitarias maravillas que miro por doquiera. Y a medida que avanzo y me separo de la orilla, mi alma se recoge dentro de sí misma y evoca — extasiada, pero entristecida — afectos e ilusiones, esperanzas y amarguras, recuerdos y nostalgias.

¡Ah!, sí.... Cómo renacen a nueva vida, en lo íntimo de nuestro sér, encontrándonos en el seno de estas soledades misteriosas, aquellas escenas plácidas o desgarradoras de la edad pasada; esos afectos hondos a los seres que palpitan más allá de la ribera hermosa, que se esfuma a la distancia; esas esperanzas sonrientes que nos alientan y fortifican el alma; esas ilusiones muertas, que han dejado en nuestros corazones un reguero de lágrimas y sangre!.....

Empero, he satisfecho una ambición! Todo cuanto me rodea es grande, majestuoso, sublime. Orillas que se ocultan, ondas que se dilatan, nubes que se condensan, oleajes que entrechocan, crepúsculos que se encienden: todo está en armonía con las aspiraciones de mi espíritu, todo late al unísono con las palpitaciones de mi pecho. Y aunque aquí, en esta inmensidad, se diluye una indefinible tristeza, porque "el mar es un gran triste," al decir de un poeta; esa misma tristeza es algo misteriosamente dulce, que nos convida a la meditación y al ensueño, lejos del incesante bullicio de las ciudades.

Cuántas veces he admirado también, en el recinto de mi escritorio, las grandezas de un mar agitado o las placideces de un tranquilo, encerradas en el estrecho límite de un cuadro. Mas, ¡qué diferencia con la realidad! Allí veía una imagen, exacta quizás, pero sin animación, sin vida. Las olas encrespadas, inmóviles; los imponentes rugidos, apagados; el huracán, silencioso; las nubes, tranquilas; los elementos todos, como en estado de catalepsia. Y si bien aquellas imágenes, al penetrar en mis ojos, movían algún tanto mi espíritu; la ilusión era fugaz, de poco momento; ya que el ruido monótono de un carruaje que rodaba por la calle vecina, la algazara de los muchachos que jugueteaban en la acera, o el ladrido de un perro que acometía a un transeunte, disipaban violentamente las impresiones recibidas y mi alma retornaba por completo a las prosaicas realidades de la vida cotidiana.

Aquí, por lo contrario, no escucho sino los suaves rumores del mar en bonanza, o el chasquido de las olas que se quiebran junto a la nave, arrolladas por el viento. Veo la fugacidad de la hermosa estela que va dejando el vapor en las profundas aguas; el caprichoso y vario color de éstas, al influjo de las radiantes luces tropicales o de las sombras que proyectan las nubes presagiadoras de tempestad; y el inconcebible y asombroso tinte de las nubes y los cielos al caer de la tarde, el cual va, poco a poco, apagán-

dose y palideciendo, junto con los reflejos del mar, en las misteriosas lejanías del ocaso.

Aquí, nada hay que interrumpa ese espontáneo y casi irresistible vuelo del alma a las arcanas regiones de lo insondable, de lo ignoto, ni ese anhelo de meditación que se despierta y vaga sutil en presencia de los grandiosos panoramas de la naturaleza.

Aquí, el pensamiento está en agitación perpetua, como las ondas; la imaginación se dilata por horizontes ilimitados, como los que contempla, y el corazón se engolfa en anhelos desconocidos, como las riberas a donde pudiera conducirle la nave, si acaso fuese arrastrada por una tormenta.

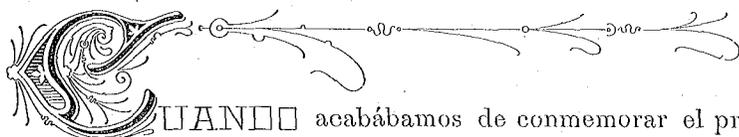
Mas, ¡oh misterios incomprensibles los de nuestra alma! El mismo deseo vehemente, idéntica fascinación a la que ejerce en nosotros el mar, para internarnos en su seno y apartarnos cuanto antes de la orilla, cual si creyéramos que en él van a amortiguarse nuestros padeceres, a cesar nuestros combates o a abrirse para nosotros nuevos horizontes de felicidad; análogo atractivo tienen para el navegante las lejanas riberas, los desconocidos puertos, como si en ellos le esperaran abiertas, de par en par, las puertas de la dicha! Y así, el alma no se siente satisfecha en ninguna parte, esperando y anhelando siempre un más allá mejor.

Es que — como muy bien lo dice un talentoso escritor contemporáneo — el corazón humano lo quiere todo, porque nada tiene, y con nada se llena, porque es más grande que todo.

Setiembre de 1908.

CARA PATRIA

(Con ocasión del conflicto internacional de 1910)



CUANDO acabábamos de conmemorar el primer centenario de la gloriosa voz inicial de la emancipación americana, lanzada con altivez en nuestra Capital heroica; he aquí que se ha presentado al pueblo ecuatoriano la ocasión de manifestar al mundo que él es muy digno sucesor de sus egregios progenitores.

Sonó, en el reloj de los tiempos, la hora solemne para nuestra querida Patria, oyóse la voz de alerta que ella daba a sus abnegados hijos; y éstos, como el alud impetuoso que se precipita desde las cumbres al sosegado valle, como el tormentoso huracán que desciende de las cordilleras y agita y sacude los apacibles bosques, acudimos en tropel a circundar y defender el enhiesto y nunca humillado Tricolor Nacional, a levantar en alto el honor y la dignidad de nuestra Madre.

Todos los pueblos de la tierra han tenido, en diversas épocas de su historia, borrascosos días de prueba, días en que, o se han conquistado el calificativo de grandes, o se han hundido en los abismos de la degradación. Llególe el turno al nuestro; mas, ante su vigorosa y enérgica actitud actual, ante la altivez y patriotismo de su gallarda juventud, ante la firmeza y decisión de sus hombres pro-

minentes, no vacilo en afirmar — sin que me ciegue el amor patrio — que se ha hecho merecedor de aquel calificativo glorioso.

¿Que nó?

¿Pues qué significa, entonces, esa desaparición instantánea de todo resentimiento u odio personal, ese amortiguamiento mágico de toda aspiración política, esa abnegación incondicional y unánime en aras de la Patria?..... No revela claramente que en el corazón de los ecuatorianos arde el fuego de los volcanes andinos, que en su mente anidan altísimos ideales, que en sus venas palpitan atléticos esfuerzos, que en sus entrañas circula la sangre de sus próceres y libertadores?....

Sí; sólo un criterio asaz estrecho puede aquilatar la grandeza de un pueblo únicamente por el número de sus habitantes y por la extensión de su territorio: la grandeza de un pueblo se mide principalmente por la potencia y el vigor del cerebro y de los corazones de sus hijos.

¿Podrá, pues, ser moralmente pequeño el pueblo ecuatoriano de 1910?.....

Nó!; y jamás lo ha sido tampoco!

Pueblo que ha brotado de su seno sabios como Maldonado y Solano, poetas como Olmedo y Lloná, prosadores como Montalvo y González Suárez, estadistas como Rocafuerte y García Moreno, diplomáticos como Vásquez y Tobar, oradores como Mejía, jurisconsultos como Borja, héroes como Calderón.....; pueblo que ostenta con orgullo, a la faz del orbe, las inmortales fechas del 10 de Agosto de 1809, 24 de Mayo de 1822 y 9 de Octubre de 1820.....; pueblo que está escribiendo, con caracteres de luz, en los anales de su historia, las múltiples manifestaciones actuales de abnegación y patriotismo.....; el pueblo ecuatoriano de 1910....., no deberá, nó, ser considerado pequeño, ni menospreciado de nadie, aun cuando la caprichosa Fortuna le fuera adversa en lo porvenir.

Es ésta la mejor manera cómo hemos podido conmemorar dignamente el centenario de nuestra emancipación política, sin premeditarlo, sin advertirlo siquiera: presentándonos ante las demás naciones del globo como altivos defensores de nuestros derechos, como capaces de ofrendar todo sacrificio en aras del pro-común y de afrontar todo peligro en guarda del honor, como herederos de las virtudes de nuestros antepasados.

Si Bolívar, el incomparable Genio de América; Sucre, el vencedor en cien combates y el militar modelo; Calderón, el símbolo del heroísmo y de las energías indomables, y los ilustres mártires de Agosto surgieran ahora de sus tumbas al llamamiento mágico de este pueblo a quien legaron libertad y gloria; se regocijarían de haber luchado impertérritos por tan sublimes ideales y en favor de sus no indignos sucesores.

¿Y qué decir de nuestra egregia juventud?.....

¡Ah! básteme decir que ella sería capaz de engrandecer moralmente aun a nuestros enemigos, si nuestros enemigos la hubieran engendrado!

El futuro historiador de nuestra Patria, debería, a ser posible, escribir los gloriosos acontecimientos de esta época, con las plumas con que el águila altanera se remonta a las alturas empapándolas en los plateados torrentes en que se deshacen los hielos de nuestros Andes o en los dorados effluvios del sol ecuatorial. Y el poeta que cante esta era de dignidad y de civismo, deberá fabricar su lira con el oro que arrastran nuestros ríos orientales caldeándolo en el fuego que late en el corazón de los ecuatorianos.

¡Oh! si para entonces surgieran otro Olmedo y otro González Suárez!

Sobrada razón tuvo el talentoso estadista que, con verbo elocuente, manifestó, hace poco, la bellísima idea

de que el patriotismo, como Dios, hace las cosas de la nada. Es verdad; y ahí nos tenéis formando en las filas del ejército nacional, entre los soldados de la espada y de la fuerza, a quienes, hasta ayer, sólo habíamos militado, siquiera sea en el último lugar, bajo los estandartes de la razón y del derecho, de la lira y de la pluma.

Mayo de 1910.



El Seminario Mayor

ALLÁ, al norte de la Capital, y asentado en el suave descenso de las faldas del Pichincha, se levanta un edificio esbelto, que deja ver su plomiza techumbre y su aguda torrecilla por entre los bosques que le circundan, como un nido de torcaz oculto entre enredaderas.

Es el Seminario Mayor, donde se educan e instruyen los futuros sacerdotes ecuatorianos, llamados a desempeñar su arduo ministerio de abnegación y sacrificio, y “donde termina el mundo y Dios empieza,” como diría el ilustre vate, Remigio Crespo Toral.

Por su peculiar situación y por las bellezas que interiormente contiene, es, no sólo un asilo adecuado para la virtud y para la ciencia, sino también una mansión tranquila y seductora, que induce a cuantos la visitan a la meditación y al silencio, despertando, al propio tiempo, en el alma, sentimientos gratos y apacibles.

Lo que más agrada en aquel edificio—no concluido todavía en su totalidad—no es su severa arquitectura ni la esmerada limpieza de sus claustros y jardines; sino su preciosa y artística capilla, la que, vista de afuera, desde el frondoso sendero que conduce al Seminario, parece que

está incrustada en las rígidas pendientes de nuestra histórica montaña.

Al entrar en ella—en especial en las horas de la mañana, en que recibe por sus ventanas las suaves luces del Oriente—se experimenta un no sé qué de misterioso y dulce, que eleva suavemente el espíritu invitándole al recogimiento y a la oración. Es de estilo gótico—el más apropiado, a mi ver, para esta clase de edificios—y está dividida en tres naves, siendo naturalmente la central más amplia que las ótras. No es oscura, ni demasiado clara, y recibe luz suficiente por nueve artísticas ventanas de vidrios de Venecia, primorosamente decoradas. La serie de columnatas y de arcos góticos que afluyen a la bóveda superior, ha sido construída y pintada con el más refinado buen gusto, y la asemeja algún tanto—aunque en menor escala—a la hermosa capilla de la Basílica Nacional, inaugurada hace poco, con aplauso unánime de propios y extraños.

Cuando el órgano hace vibrar en aquel pequeño templo sus arrobadoras armonías, mientras se verifican con suntuosidad las solemnes ceremonias del culto católico y no penetran de afuera otros rumores que los de la brisa matinal que se despereza en el bosque vecino y los gorjeos de las aves que aletean junto a las vidrieras; el corazón como que se aparta, por momentos, de las preocupaciones y combates diarios de la vida, para elevarse a regiones más serenas y fijar sus consideraciones en los misterios del *más allá*; y, al propio tiempo, algo dulce y tranquilizador se siente que fluye por nuestras venas, algo que pudiera traducirse como consoladoras fruiciones o como promesas eternas.

*
*
*

Este simétrico y espacioso edificio está embellecido, en sus contornos, por un huerto modelo y por arboledas frondosas. Aquel está cruzado por calles de cipreses que contrastan su verdura con la de variedad de hortalizas

perfectamente cultivadas, y adornado con un pequeño pero vistoso lago, en cuyos contornos se alzan invernaderos repletos de no comunes plantas tropicales.

En el parque del lado opuesto, no hay en verdad árboles especiales, que pudieran atraer la atención del visitante; pero se respira en él un ambiente de soledad que agrada sobremanera. Encierra, sí, dos cosas verdaderamente hermosas por su sencillez: la gruta y el cementerio. Ambos están casi juntos, en el descenso a una de las grietas que bajan del Pichincha.

La gruta está formada de una manera artificial en una peña, a imitación de la de Lourdes; y en ella se destaca una bella imagen escultórica de la Inmaculada Concepción. Al pie se ve un reducido jardín, que ofrece incessantemente sus perfumes y flores a la divina Madre de Jesús y levanta sus enredaderas para que sirvan de florido marco a la solitaria gruta.

Próximo a ésta, se halla el pequeño panteón, donde reposan, en escaso número, los Superiores del Seminario y los sacerdotes más distinguidos que han fallecido allí en estos últimos años.

Difícil es encontrar un sitio más poético en tan reducido espacio. No hay un solo mausoleo ni una sola obra de arte que pudiera admirarse en él. Las inhumaciones se han verificado en el seno de la tierra; y en la superficie del lugar que ocupa cada cuerpo, florecen pensamientos y violetas encerrados en un marco de cemento en figura de ataúd. A la cabecera de cada sarcófago, hay un mármol que indica el nombre del sacerdote que allí duerme el sueño eterno y la fecha correspondiente. Unos pocos arbustos de ciprés custodian tristes esas religiosas tumbas; y protegiéndolas a todas, abre sus brazos redentores una cruz blanca, marmórea como la palidez de los muertos, sencilla como la fé, hermosa como la religión que representa,

¡Qué sentimientos los que se despiertan espontáneamente en ese recinto!..... Allí no se contempla la fastuosidad de los sepuleros de los grandes del mundo, ni el lujo y esplendor de las tumbas de los acaudalados de la tierra. No hay más que una sencillez encantadora, que sintetiza el desprendimiento y la abnegación que deben acompañar siempre a los ministros del catolicismo; no hay más que la realización clara y severa de las enseñanzas consignadas en la sublime doctrina de Jesús.

Allí se ha colocado solamente lo que más vale a los ojos de la Religión Cristiana: la Cruz, como símbolo de redención y de misericordia; y María, como emblema de ternura y de esperanza. Aquella, que es la divisa de los espíritus ansiosos de una luz superior que ilumine y conforté en las vicisitudes de la vida y en las tenebrosas regiones de la muerte; y la Madre celestial, que es la enseñanza misteriosa de inefables dulzuras y de infinitas consolaciones, para los combatientes sin tregua con las asperezas e inquietudes de la tempestuosa existencia.

¡Ah!..... cuando se medita algunos instantes en ese lugar, vienen casi involuntariamente a la memoria, y se los repite con fruición, aquellos hermosos versos de Velarde, en un cementerio:

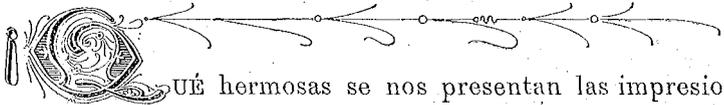
«No es la mansión horrible de la muerte,
sino la cuna de la eterna vida.»

Agosto de 1907



UN DÍA DE SOLAZ

(PASEO A LA LAGUNA DE SAN PABLO)



¡QUÉ hermosas se nos presentan las impresiones de la adolescencia al través de los años! ¡Cómo renacen a su recuerdo las doradas ilusiones de esa encantadora edad, tan llena de ensueños y de esperanzas no eclipsadas jamás por vagos presentimientos ni por dolorosas congojas; de esa edad durante la cual se dan cita en nuestro corazón la alegría y el entusiasmo, la satisfacción y el gozo, y en la que se experimentan emociones tan gratas, que dejan una huella indeleble en el dilatado curso de nuestra existencia.

Esa renovación se ha verificado en mí al encontrar entre mis papeles el siguiente, que contiene la descripción de un paseo efectuado a la hermosa laguna de San Pablo hace muchos años, escrita por mi inexperta pluma algún tiempo después.

*
* *

Hallábame en una pintoresca hacienda del valle de Cayambe, denominada Granobles, hacia el mes de Agosto de 1889, gozando de los muchísimos halagos que a los estudiantes brindan las vacaciones. Allí estaba en unión de algunos miembros queridos de familia, lo cual hacía que permaneciera muy contento durante el tiempo destinado para el descanso.

Érase una tarde de verano: y cuando el sol con sus templados rayos se apresuraba hacia su ocaso, dejando, poco después, ver su luz tras la cima de los montes, y cuando el Cayambe, cubierto en su mayor parte de una brillante capa de nieve, se presentaba majestuoso, permitiéndonos admirar uno a uno los variados y caprichosos tintes de que se revestía al recibir las luces vespertinas; salimos gustosos a paseo, y, al anochecer, recostados en una verde pradera, contemplábamos la belleza del firmamento, en el cual se confundían los últimos destellos de la tarde con los primeros rayos de la luna. Excitados por el entusiasmo que despertó en nosotros aquella escena muda pero solemne de la naturaleza, resolvimos allí emprender al día siguiente un paseo a la afamada laguna de San Pablo, el cual fué proyectado ya en uno de los días anteriores.

*
*
*

Apenas comenzó a esparcir su luz la nueva aurora, cuando ya todos estuvimos listos para la partida. Pasados algunos momentos, dimos principio a este viaje. Atravesamos algunas dehesas alfombradas de oloroso trébol y de verdes gramíneas, entre las cuales se oía el murmullo de manantiales que suavemente se deslizaban. Ora nos encontrábamos con muchísimo ganado que tranquilo pacía en las fecundas praderas de aquel valle; ora con rebaños de ovejas que se encaminaban a sus rediles. Aquí escuchábamos el mugido de numerosas vacas que, como de costumbre, habían sido conducidas a un corral para recoger sus frutos; allá el mirlo y el jilguero agradaban con su garganta nuestros oídos. En suma, parecía que la naturaleza toda quería halagarnos y complacernos.

Tal fué el trayecto que recorrimos hasta encontrarnos en el nudo de Cajas, en donde nos detuvimos unos instantes para contemplar las hermosas llanuras que se nos presentaban a la vista.

Mas..... ¡qué impresión, qué placer el que experimentamos en nuestro espíritu al volver los ojos hacia el Occidente y mirar por primera vez una extensa laguna, cuyas plateadas olas reflejaban los rayos del sol! ¡Qué alegría al ver ese precioso lago que, cual pedazo de cielo allí caído, mostraba su esplendor y su belleza! ¡Cómo deseaba saber manejar el pincel para trasladar al lienzo ese cuadro tan ameno y admirable!..... Allí se mira una gallarda muestra de la asombrosa variedad de espectáculos de la Naturaleza andina, que juzgo tendrá muy pocas rivales en toda la redondez del planeta.

Después de algunos momentos, continuamos gozosos el paseo, y, a poco, estuvimos en las proximidades de la laguna, en el vistoso pueblo de San Rafael.

Es este una especie de aldea, muy alegre a causa de su situación, compuesta de una multitud de casitas, cada una de las cuales tiene junto a sí un pequeño huerto, sembrado con sumo esmero de diversas plantas y rodeado de árboles frondosos. ¡Qué halagüeña nos parecía la vida de los habitantes de esas tan reducidas cabañas, teniendo constantemente a la vista ese encantador paisaje! ¡Qué digna de envidia la tranquilidad que en ellas reinaba! La felicidad de que disfrutaban los grandes y los ricos de la tierra — me decía en esos momentos — no es en cierta manera comparable con la de estos pobres aldeanos que se sustentaban con el sudor de su rostro, porque aquellos no gozan de la tranquilidad que éstos, y ¿puede haber en este mundo algo más grato que la paz del espíritu, tan difícil de poseerla?.....

Seguimos adelante por el suave descenso que conduce a la laguna, rodeados por todas partes de variados panoramas, hasta vernos, poco después, en sus poéticas orillas. La satisfacción que experimentamos al hallarnos en ese lugar, en el cual parecían haberse agotado todos los encantos de la naturaleza, es inexplica-

ble..... ¡Cómo anhelábamos vernos reunidos allí con los demás miembros de familia para que se embelesaran también ellos ante ese paisaje arrobador de nuestra patria; pero, por desgracia, rara vez puede el hombre hacer participar, como desea, sus escasas alegrías a las personas amadas!

Son tales la sublimidad y el encanto que se siente en ese lugar cuando por primera vez se lo mira, y especialmente en los años de la infancia, que se envidia a las aves acuáticas que, enseñoreándose entre las olas, se dirigen hacia el centro, enorgullecidas de ser ellas las dominadoras de ese precioso elemento; a los arroyos que naciendo en las faldas de los montes y atravesando bellísimos parajes con halagador murmullo, van poco después a tener tan deliciosa tumba; a las montañas que parecen extasiarse contemplando esa hermosura que tienen a sus plantas; al sol que, aunque se aparta por breves horas de su presencia, vuelve diariamente a reflejar sus rayos en las intranquilas ondas, y a la brisa que después de acariciar a las flores y recoger sus aromas, va a besar su delicada espuma y a mecer con suavidad su superficie.

Lo que más embellece a la laguna es, sin duda, su situación. Al Norte bañan sus olas las faldas del Imbabura, cuya cima se retrata en las cristalinas aguas. Próximamente hacia el Este se encuentra el pueblo de San Pablo, por donde baja un riachuelo que naciendo en las cordilleras setentrionales; va, después de fertilizar muchos campos amenos, a ofrecerle su tributo. Sigue luego hacia la misma dirección la feraz hacienda de Cousin, cuyas dehesas van, a manera de playas, a perderse en las aguas de la laguna. Al Sur se halla el ya indicado pueblo de San Rafael cuyos huertos, aunque pequeños, embellecen de tal modo sus orillas, que constituyen la parte más hermosa de todas cuantas le cercan. Y, por último, forman sus riberas occidentales pequeñas colinas que descienden a inmensas llanuras, que fertilizadas por un río que toma su

origen en el lago, van a constituir una parte integrante de los alrededores de Otavalo.

*
*
*

Cuando hubimos admirado ya el precioso paisaje ante nosotros extendido, resolvimos penetrar algo hacia el centro de la laguna, a cuyo efecto comprometimos a unos indios cuyas habitaciones se encontraban no lejos de nosotros, para que formaran un *caballete de totora*, única embarcación que se usaba entonces en esos lugares. Aquel se compone de tres o cuatro haces, de cincuenta o sesenta centímetros de diámetro, formados de la totora que crece espontáneamente en las orillas del lago, los cuales son colocados el uno junto al otro y unidos entre sí con fuertes liaduras. Concluida que fué esta especial barca con suma destreza y agilidad, uno de aquellos indios se puso en el extremo más angosto de ella para dirigirla.

Navegaron primero dos jóvenes que nos acompañaban, los cuales regresaron muy entusiastas. En seguida, nos embarcábamos, con algún recelo, en la improvisada canoa de tres en tres sucesivamente, y nos alejábamos hasta la distancia de unos doscientos metros de la orilla. ¡Qué júbilo el que experimentábamos cuando, guiados por el remo, sentíamos el agradable movimiento de las olas y la blandura de la barca que iba flotando sobre la superficie! Nuestro deseo era atravesar el lago, o, por lo menos, internarnos hasta el centro; pero esto no era posible, tanto por la inseguridad del vehículo, como porque podía llegar la noche antes de nuestro regreso.

Se aproximaba ya la tarde, y como descábamos que la noche no tendiera su negro manto sobre nosotros hallándonos en la mitad del camino, resolvimos, aunque llenos de pena, regresar a la hacienda en donde residíamos. Nos dirigimos hacia el pueblo de San Rafael, acompañados de cierta natural tristeza porque nos separábamos de tan risueño lugar.

A poco nos hallamos en el mencionado pueblo, desde donde tendimos nuestras miradas sobre el lago, y sobre sus primorosos alrededores. ¡Oh, qué simpática se nos presentaba la laguna, iluminada a esa hora por los rayos oblicuos del sol! ¡Qué amenos los prados que le cercan! Tal es el panorama que allí se contempla, que el alma no puede menos de exclamar interiormente: "¡Cuán infinita es la sabiduría de Dios! Ella colocó sobre la tierra estos paisajes tan encantadores, para que en ellos admire el hombre su incomparable poder! Aquí la humanidad entera olvidaría sus penas y amarguras, absorta en la beldad de la naturaleza! Aquí se eleva el pensamiento a las regiones infinitas!"

*
* *

Las seis de la tarde serían, cuando el sol ocultándose tras las cimas de Occidente, nos dejaba ver desde el nudo de Cajas el imenso semicírculo dorado que sus rayos proyectaban en el azul del cielo. ¿Puede haber algo más hermoso que contemplar de una altura dos inmensos valles en una apacible tarde de verano? A un lado veíamos el horizonte salpicado de escarmenadas nubes de diversidad de colores, y cuyos tintes tornasolados de ópalo, de topacio y de zafiro se reflejaban en las tranquilas aguas de la laguna; al otro, se destacaba el Cayambe completamente descubierto y coronado de un penacho de oro, cual si hubiese querido rivalizar en esos momentos con el famoso *Rey de los Andes*. El sol tendía apenas sus rayos sobre las cumbres de las montañas; los ganados se dirigían mansa y lentamente hacia sus corrales; los pastores encerraban a sus rebaños en los rediles; los bueyes eran desatados del yugo y conducidos al pasto; las aves cesaban el canto y tendían las alas hacia sus nidos; los labradores se retiraban á sus humildes cabañas; en suma, la naturaleza toda parecía adormecerse en brazos de la tranquilidad y del descanso.

Caminábamos ya a media luz a corta distancia de la hacienda, apresuramos el paso, recorrimos todos los prados y caminos ya descritos y llegamos a nuestra habitación.

La complacencia que sentíamos entonces, al recordar las variadas y, para nosotros, memorables impresiones que habíamos experimentado, es indecible; pues, gracias a la Providencia, tuvimos a la felicidad por nuestra inseparable compañera en todo aquel día, el que fué uno de los más hermosos y halagüeños de mi niñez.

1893.



Algo acerca de Religión (*)

ENTRE los distintos problemas sociológicos dignos de ser estudiados por los filósofos, los legisladores, los publicistas y en especial por los cultivadores de la elevada y hermosa ciencia de la Historia, no hay uno que merezca más la atención de todos ellos que el problema religioso.

No hay pueblo en toda la redondez de la tierra que no profese alguna religión, que no rinda culto a alguna divinidad, verdadera o falsa; porque es conforme con la naturaleza racional el reconocimiento de algún Ser superior al que se hallen sometidas todas las criaturas, y que presida el orden y armonía admirables del universo. Hojéense las páginas de la Historia, tanto antigua como moderna; recuérdense las tradiciones que se han transmitido de generación en generación desde los tiempos más remotos; léanse los relatos de los viajeros de los más apartados lugares; estúdiense la filosofía y la legislación de las sociedades primitivas; sondéese el corazón de los hombres, y se verá que el sentimiento religioso se halla gravado con caracteres indelebles en el espíritu humano.

(*) Este artículo contiene fragmentos de una disertación publicada hace algunos años bajo el título de "La Religión del Estado." He prescindido hoy de la parte jurídica de ese trabajo, por ser ajena a esta colección, tomando sólo la parte que acaso podríamos llamar literaria e histórica.

*
* * *

En las primeras edades del mundo, en los tiempos de la ley natural, la religión se reducía a la persuasión de la existencia de Dios, del 'Creador de los primeros padres, al ofrecimiento de algunos sacrificios y al cumplimiento de los preceptos de aquella ley impresa por la divinidad en el corazón de los hombres. Dispersáronse éstos, y fueron perdiendo lentamente la idea del verdadero Dios y precipitándose poco a poco en la idolatría. Mas tarde, cuando Moisés recibió por inspiración la ley divina, que, como muy bien lo expresan algunos filósofos, no era otra cosa que la determinación de lo indeterminado de la ley natural, fué ella promulgada al pueblo hebreo, el cual la conservó sin alteración por el espacio de muchos siglos.

Transcurrieron los años, y la mayor parte de las agrupaciones de hombres que poblaban el antiguo continente, y a las cuales no podemos llamarlas propiamente Estados, abrazaron el paganismo.

En algunos pueblos la religión se ha confundido casi desde los orígenes con sus ideas filosóficas. El Brahmanismo profesado por los habitantes de la India, el Maniqueísmo reconocido por los Persas, el Budhismo de los pobladores de la China, la mitología de los Egipcios, etc.; son pruebas concluyentes de que la religión de esos pueblos no tenía otro fundamento que su filosofía, y de ahí esa especie de veneración hacia sus primeros y más ominentes filósofos: Manés, Zoroastro y Confucio.

Grecia y Roma fueron las naciones en donde mayor incremento tomó la idolatría, en donde más se exageró la adoración a las falsas divinidades. Rindieron culto a todas las pasiones humanas, desde las que bien dirigidas por la razón conducen al heroísmo, a la virtud y a la gloria, hasta las que, sobreponiéndose a ella, dan por resultado la degrada-

ción y el envilecimiento. Deificaron, pues, a los vicios y a las virtudes, a las ciencias, a las industrias y a las artes; erigieron altares y quemaron incienso a las personificaciones de todo lo bueno y de todo lo malo; aunque, como observa Montesquieu, no es cierto que cuando los antiguos elevaban aras a algún vicio, diesen a entender por eso que le eran inclinados, sino que, al revés, significaba que le aborrecían; pues, en efecto, había divinidades a las que se rogaba que impidiesen el crimen y otras a las que se pedía le disuadiesen.

Pero esta misma diversidad de dioses adorados en el Paganismo ¿qué significa?... No otra cosa, que los hombres no han podido ni pueden prescindir de rendir homenaje a alguna divinidad, dispensadora de bienes y malos, de premios y castigos; y la esperanza de alcanzar los primeros y el deseo de evitar los segundos, les ha hecho levantar templos como un lugar propicio para tributarles adoración, calmar sus justas iras, atraerse la voluntad de ellos y ofrecerles sacrificios. Y así, aun los pueblos más atrasados, los que por haberse separado de sus primitivos núcleos se han precipitado en la barbarie, han profesado alguna religión, han pagado tributo como a dioses, no siquiera a la virtud, al amor, al heroísmo, a la agricultura, a las ciencias y a las bellas artes, como lo hacían los griegos, los romanos y los pueblos que estaban bajo su influjo; sino al sol, a la luna, a las estrellas, a los objetos de la naturaleza que les infundían terror, como los volcanes, a los animales y hasta a ídolos de madera o de barro, sin considerarlos como representaciones o imágenes de otros seres superiores. Los Incas que poblaban estas regiones y cuyos soberanos eran considerados como partícipes de sus divinidades; los Aztecas, antiguos pobladores de México, que sacrificaban bárbaramente víctimas humanas en los altares de sus dioses, y los habitantes de las más apartadas regiones del Asia, del Africa y de América, todos han tenido sus ideas religiosas más o menos sanguinarias, más o menos erróneas. Con razón, ha dicho Séneca: «La persuasión de la existencia de los dioses es

ingénita en los hombres, y no hay pueblo tan sin ley y corrompido que no crea que existen los dioses.» Y coincidía con esta idea Cicerón, cuando dijo: «No hay pueblo tan bárbaro y feroz que aunque ignore qué dios deba adorar, no sepa, sin embargo, que debe rendir culto y adoración a alguno.»

En medio de esta universal confusión, cuando las tinieblas del error y de la más grosera idolatría habían oscurecido las inteligencias de los hombres, y cuando las sociedades marchaban a pasos gigantescos a su completa ruina moral, impelidas por las olas de la superstición y de las falsas doctrinas; se presentó sobre el haz de la tierra, hace cerca de dos mil años, en uno de los lugares más ocultos del Asia Menor, el hombre extraordinario como lo llaman los infieles; el espiritista consumado, como lo apellidan Allan Kardec y sus secuaces; el Hombre-Dios, el Verbo divino, el Redentor del mundo, como lo reconocemos los católicos, y comenzó a difundir por la tierra la Religión más sublime, la doctrina más salvadora, la luz más resplandeciente que ha podido iluminar al humano linaje, como nacida de los senos mismos de la verdadera divinidad, causando en el orden moral y religioso la revolución más trascendental y más benéfica que ha conmovido al orbe en el transcurso de los siglos. A su voz poderosa cayeron derribados los falsos ídolos del paganismo, las supersticiones fueron a esconderse en las oscuras cavernas de donde salieron, y a pesar de los mil obstáculos que se le presentaron al paso y de las persecuciones de que fué víctima la doctrina de Cristo, fué ella invadiendo los corazones de los hombres y de las familias, las cabañas más humildes y los palacios de los poderosos, las aldeas más insignificantes y las ciudades más populosas, e hizoles palpar bien pronto a todos ellos los inexplicables beneficios de su influencia bienhechora.

Pocos siglos después, en el siglo sexto de la era cristiana, nació en la capital de la Arabia, Mahoma, quien se manifestó a más de la mitad de su vida como fundador de una nueva religión, deseoso de poner término al sabeísmo

y politeísmo que dominaban todavía en algunos pueblos del Oriente, a consecuencia, talvez, de no haber sido sostenidas en ellos las doctrinas evangélicas. El Islamismo sentó sus reales en aquellas regiones y se propagó bastante, sin duda por falta de un conocimiento adecuado de la Religión verdadera, o por esa tendencia que hay en el corazón humano de abrazar las doctrinas y la filosofía que son halagadoras de sus pasiones.

El Cristianismo, como todo lo que es grandioso y elevado, tenía naturalmente que experimentar violentas sacudidas. Fué víctima de persecuciones formidables de parte de algunos Césares, persecuciones que le habrían hecho sucumbir, si no hubiera estado sostenido por la mano invisible de la Providencia. Pero permaneció firme en su elevado lugar, como permanecen las cumbres de granito de las más altas montañas; y así como ellas atraen sobre sí horrendas tempestades, que en ocasiones las dejan desnudas, escuchan impasibles los truenos que retumban en su derredor repercutiendo furibundos en la bóveda celeste y son el blanco de los rayos que, en su furor, ansían despedazarlas, sin que jamás descendan del elevado puesto que ocupan en la naturaleza sensible; del mismo modo la Religión divina: la azotaron mil tempestades de odio y emulación, resonaron por doquiera las vociferaciones de sus gratuitos enemigos, recibió los rayos de la calumnia y de la injusticia, y sin embargo permaneció, como aquellas cumbres, inalterable en su elevado trono; porque esas tempestades no hacen con ella otra cosa que depurar su doctrina despojándola de algunas preocupaciones de que la reviste la ignorancia, esas vociferaciones no producen otro efecto que rodearla de más esplendor, y esos rayos, aunque a veces la hieren profundamente, son impotentes para hacerla descender de la gloriosa altura en que a la mano del Eterno plugo colocarla.

Mas, por desgracia, la religión de Cristo experimentó un tremendo ataque y fué víctima de una horrorosa rebelión, que por cierto no la hizo sucumbir, ocasionada por la corrupción de las costumbres, por el renacimiento de las



ideas paganas y por la soberbia y envidia de un desgraciado hijo de la Iglesia: esa rebelión, ese ataque fué la Reforma Protestante iniciada por Lutero a principios del siglo diez y seis. Por demás conocidas son las causas de esta reforma, y se llena el alma de confusión al considerar que la grandiosa idea del Papa León X de concluir la Basílica de San Pedro, destinada a ser la Catedral del Orbe Católico, como lo es en la actualidad, vino a ser la ocasión de que se sirvieran la malicia y el orgullo humanos para producir la más espantosa catástrofe que ha sobrevenido al Cristianismo, catástrofe que, como observa un historiador, causó más daños en el mundo, que las invasiones de los bárbaros. Sí, ni Atila a la cabeza de los Hunos, ni Alarico al frente de los visigodos, ni Genserico con su ejército de vándalos, ni Radagaiso al mando de los suevos, ni todos ellos juntos, a pesar de que asolaron la Europa por el espacio de más de medio siglo y devastaron el entonces famoso Imperio Romano, causaron tantos males a la humanidad como los autores de la Reforma, a saber: Lutero en Alemania, Enrique VIII en Inglaterra, Zwinglio en Suiza y Calvino en Francia; porque aquellos males son mayores que son más difíciles de remediar, y los que más se niegan a recibir una medicina salvadora son precisamente los males morales, puesto que ellos tienden a pervertir las ideas y a quitar toda traba a los horrorosos instintos de la fiera humana.

Esta es, en bosquejo, la historia de las principales religiones que han profesado los hombres en el transecurso de los tiempos, y destruyéndose unas, propagándose otras, han invadido hasta los últimos rincones del globo. De tal suerte que en la actualidad no hay una sola Nación, un solo Estado, una agrupación de individuos y de familias ni aun una tribu nómada o errante, que no profese alguna creencia religiosa; ya sea el Catolicismo o el Protestantismo, el Islamismo o el Budhismo, el Sabeismo o, por lo menos, el más grosero Fetichismo. Por esto ha dicho muy bien Plutarco: «si visitas todas las regiones de la tierra, podrás

hallar ciudades sin muros, sin gimnacios, sin leyes; pero una ciudad sin Dios en ninguna parte; porque es más fácil edificar una ciudad en los aires, que juntar en sociedad los hombres sin religión, sin Dios.» Y hasta el más impío filósofo del siglo XVIII, Voltaire, manifestaba que una sociedad de ateos es imposible, llegando a decir que si se hallase un pueblo sin ideas religiosas, habría necesidad de inventar en él alguna, como elemento indispensable para poder gobernarlo.

.....

 * * *

Hemos manifestado ya que, por sólidas razones, debe la autoridad política permitir en una nación la libertad de cultos. Pero, en países como el nuestro, en que la religión dominante es la Católica, ¿no deberá ella ser protegida por las leyes y por los gobiernos, aun existiendo esa libertad?..... Es evidente que sí; puesto que a más de contar ella en su apoyo con los mayores motivos de credibilidad, es la más adecuada para formar la felicidad moral de los pueblos.

Que la Religión Católica es la verdadera, por cuanto militan en favor suyo razones más poderosas que las que apoyan a las demás religiones del universo, lo manifiestan claramente las siguientes brevísimas consideraciones. Religión que, más que ninguna otra, trata de levantar a la humanidad a la altura que le corresponde, por medio de la doctrina más pura y más conforme con la razón; Religión que, habiendo nacido cuando reinaba en el mundo el paganismo, halagador de las pasiones, se presentó valerosa predicando su severa doctrina, y a pesar de que ella reprime algunas inclinaciones poderosas del hombre y de que éste tiende a rechazar las máximas que no las apoyan, fué propagándose rápidamente hasta llegar a tener el predominio en el universo; Religión que resistiendo a las in-

numerables persecuciones que pretendieron ahogarla en su mismo origen, a la guerra sin tregua que le han declarado en todos los tiempos sus ténaces enemigos y a las violentas y constantes acometidas de filósofos de nota que cegados por la pasión, han dedicado sus talentos a herirla y desprestigiarla, ha salido sin embargo victoriosa y triunfante, y se extiende cada día más y más hasta los últimos rincones de la tierra; Religión que ha sido robustecida con la sangre de infinidad de mártires que, cual en ninguna otra, han sacrificado gustosos sus vidas para sostener la verdad de sus creencias; Religión que proclama los grandiosos principios de la verdadera libertad y de la más estrecha fraternidad, y sostiene los sublimes dogmas de la existencia de Dios, de la espiritualidad e inmortalidad del alma, de la necesidad de las sanciones de ultratumba, de la responsabilidad humana, y otros muchos, que son las bases incommovibles de las buenas costumbres y por tanto de la ventura de las naciones, puesto que disminuyen notablemente los delitos; Religión, digo, que se encuentra apoyada en estas y otras mil poderosas razones, no puede menos de ser la verdadera, como inspirada por la misma Divinidad.

Probemos, ahora, que la Religión Católica es la más apta para conducir a las naciones hacia su moral engrandecimiento. La razón y la historia nos suministran, a la vez, los elementos para esta demostración.

Nadie podrá negar que las piedras angulares sobre las que descansa el majestuoso edificio de la felicidad social, son el imperio de la verdad, de la moralidad y de la justicia. Desde el momento en que estas bases se desequilibran, desde que se minan estos cimientos, se suceden el trastorno y la anarquía más completos y el edificio mismo viene a dar a tierra. Ahora bien, ¿no es la Religión Cristiana, la que, como ninguna otra, sostiene e inculca en sus enseñanzas que la verdad más pura, la moral más elevada y la justicia más estricta sean las normas de la conducta de los hombres? Ella predica la obediencia a las auto-

ridades legítimas y a las leyes justas, el respeto a los derechos ajenos, la fidelidad a la palabra dada y la caridad para con el menesteroso; prohíbe el fraude, el perjurio y la iniquidad; dignifica el trabajo y condena la molición, y hasta penetra en los campos de batalla para aconsejar, en medio de los furros de la guerra, el perdón y clemencia para con los vencidos. Y ¿se desconocerán las ventajas que de todo esto reporta la humanidad?.....

El eminente Portalis, hablando de la necesidad de restablecer el cristianismo en Francia, decía: "En moral ¿no es la religión cristiana la que nos ha transmitido el cuerpo entero de la ley natural? ¿Esta religión no nos enseña todo lo que es justo, santo y amable? Recomendando en todas ocasiones el amor a los hombres y elevándose hasta el seno del Creador ¿no ha puesto las bases de todo bien? ¿No ha abierto ella el verdadero origen de las costumbres?..... Y ¿puede haber religión más conforme a la situación de todas las naciones civilizadas y a la política de todos los gobiernos? Esta religión no nos ofrece nada que sea puramente local ni que pueda limitar su influencia a tal país o tal siglo, más bien que a otros. Ella se muestra no como la religión de un pueblo, sino como la de los hombres; no como la religión de un territorio, mas como la del mundo."

Pero, hablaré con franqueza: en nada contemplo más claramente la grandeza de nuestra religión, que en los asilos de beneficencia, tan indispensables en una sociedad cualquiera. En esas casas donde va a depositar la indigencia el fruto de las debilidades humanas, donde la miseria va a buscar el pan y el abrigo que satisfagan sus necesidades, y en donde la enfermedad y la desgracia encuentran un alivio seguro a sus dolores, ¿qué personas son las que van a dar inequívocas pruebas de conmiseración y de profundos sentimientos humanitarios?..... Son esas heroínas del Evangelio, las que personifican la abnegación y el sacrificio más desinteresados, las virtuosas Hermanas de la Caridad. Y ¿por qué? ¿Cuál es el galardón que

reciben en la tierra? . . . ¡Ah!, ni lo tienen ni lo esperan: proceden de ese modo porque así lo prescribe el estado religioso que voluntariamente abrazaron, porque así lo aconseja la Religión de Cristo! . . . ¡Qué abnegación tan sublime y tan merecedora de gratitud y de alabanzas!

Mas, no son esos los únicos beneficios que ha reportado la humanidad de la Religión Cristiana. ¿Qué hubiera sido de la Europa Meridional cuando los bárbaros del Norte se lanzaron sobre ella, con la guadaña de la muerte en la una mano y la espada de la conquista en la otra, sembrando por donde quiera la desolación y el exterminio, si la Iglesia Católica no hubiera interpuesto su influjo para contenerlos? ¿A qué hubiera quedado reducida la Italia si el Papa San León el Grande no hubiese conseguido de Atila y las hordas que le acompañaban, que desistieran de su loca empresa de arrasar el poderoso Imperio? Las ciencias todas de la antigüedad, tanto las políticas y filosóficas, como las físicas y naturales, que han servido de base para los adelantos modernos, ¿no hubieran desaparecido completamente, si en medio de ese laberinto de la Edad Media no hubiesen encontrado un asilo para conservarse en los conventos, y si la Iglesia no las hubiese salvado del naufragio universal, cuidando por el espacio de algunos siglos de guardar el depósito de los conocimientos atesorados por las generaciones anteriores? Aun en la actualidad, ¿no son muchísimos obispos, clérigos y religiosos los cultivadores más constantes de todos los ramos del saber, los educadores de la niñez y de la juventud y, a veces, hasta los enriquecedores de las ciencias con sus inventos? Y en el orden político ¿no ha llegado a nuestros oídos el apoyo moral prestado por el eminente Pontífice León XIII a los gobernantes de todas las naciones, contra los ataques de los anarquistas y nihilistas, que, en su insensatez, tratan de desquiciar el orden y armonía de todos los Estados? . . . ¡Y, sin embargo, se califica a la Iglesia de retrógrada y enemiga de la civilización! . . . ¡Qué calificaciones tan injustas!!

Escuchemos, en apoyo de lo que acabo de probar, la manera cómo se han expresado algunos ingenios portentosos acerca de esta hermosa materia.

San Agustín, esa lumbrera del saber, ese talento superior, y una de las glorias más excelsas del Catolicismo, se expresa así: "Los que dicen ser la doctrina de Cristo nociva a la República, que nos den un ejército de soldados tales como la doctrina de Cristo manda; que nos den asimismo regidores, gobernadores, cónyuges, padres, hijos, amos, siervos, reyes, jueces, etc., tales como la enseñanza de Cristo los quiere y forma; y una vez que los hayan dado, atrevanse a mentir que semejante doctrina se opone al interés común, que no dirán; antes bien habrán de reconocer que su observancia es la gran salvación de la República."

Filangieri, hablando de la necesidad que tienen los gobiernos de proteger a la Religión Cristiana, dice: "Hoy día (hablaba a principios del siglo pasado) que se profesa en Europa una Religión Divina; una religión que no altera sino que perfecciona la moral; que no destruye sino que afianza la sociedad y el orden público; que a las amenazas de las leyes contra los delitos añade las de un justo juez, contra el cual de nada sirven las tinieblas ni las paredes domésticas; una religión que refrena y dirige todas las pasiones; que no solamente cela las acciones, sino también los deseos y pensamientos; que une a los ciudadanos entre sí y al súbdito con el soberano; que desarma la mano del ofendido, al mismo tiempo que manda al magistrado vengar su injuria; que prescribe un culto y ordena algunas prácticas religiosas, de las cuales queda dispensado el hombre luego que lo exigen las necesidades del Estado: una religión de esta naturaleza no debe dar mucho que hacer a un legislador. Basta que éste le preserve de los insultos de la incredulidad y de la superstición; basta que procure conservarla en su pureza, la cual puede ser alterada por sus enemigos igualmente que por sus ministros; basta conseguir esto para poder esperar todo de la reli-

gión, y para no temer nada de sus abusos. He aquí la diferencia que hay entre la relación de las leyes con las religiones falsas, y su relación con la verdadera. Los principios que se derivan de la primera deben ser principios de corrección y los que se derivan de la segunda deben ser de simple *protección*.”

León XIII, el lumínar del siglo diez y nueve, dice: “Consta, ciertamente, por los monumentos de la Historia, que a la Iglesia Católica se ha debido en todos tiempos, ya sea la invención, ya el comienzo, ya, en fin, la conservación de todas aquellas cosas o instituciones que contribuyen al bienestar común; las ordenadas a coartar la tiranía de los príncipes que gobiernan mal a los pueblos; las que impiden que el poder supremo del Estado invada, indebidamente, el municipio o la familia, y, en fin, las dirigidas a conservar la honra, la vida y la igualdad de derechos de los ciudadanos.”

Y, en otro lugar, manifestando que los pueblos de Europa fueron grandes y moralmente felices cuando la filosofía del Evangelio dominaba en los Estados, da entre otras pruebas la siguiente: “Porque en aquella época la Europa cristiana domó las naciones bárbaras y las hizo pasar de la fiera a la mansedumbre, de la superstición a la verdad; rechazó victoriosa las irrupciones de los Mahometanos; tomó el cetro de la civilización y comenzó a ser maestra y guía al resto del mundo para descubrir y señalarle todo cuanto podía redundar en pro de la humana cultura. En aquella época, Europa cristiana procuró a los pueblos el bien de la verdadera libertad en sus diferentes formas, y con muy sabia providencia creó numerosas y heroicas instituciones para aliviar a los hombres en sus desgracias. De este modo la Religión de Jesucristo dió a los hombres inspiración y aliento para escogitar e iniciar tamañas empresas, así como auxilio eficaz y constante para llevarlas a cabo.”

Montesquieu, en su famosa obra “El Espíritu de las

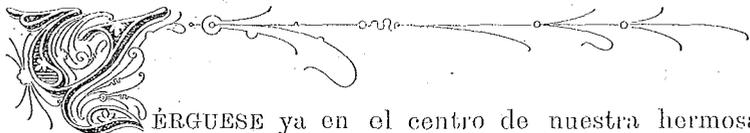
leyes," se expresa de este modo: "Para que una religión nos atraiga es preciso que su moral sea pura. Los hombres bribones por menor, son honrados por mayor, son amantes de la moral..... Y ¡cosa admirable!—exclama en otro punto—la Religión Cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, produce no obstante la prosperidad en ésta."

¿Para qué más citas?..... Queda demostrado suficientemente que la Religión Católica no sólo es la que cuenta en su favor con los mayores motivos de credibilidad, sino que, como lo prueban la razón y la historia, es la más apta para conducir a los pueblos hacia su moral engrandecimiento; siendo, por tanto, muy digna de que, especialmente en las naciones en que ella domina, sea protegida con eficacia por las leyes y por los gobiernos.

Abril de 1902.



El Monumento francés



ÉRGUESE ya en el centro de nuestra hermosa Alameda y al frente del esbelto edificio del Observatorio Astronómico, el artístico monumento levantado a la memoria de las comisiones geodésicas, que la Francia —llamada con justicia el cerebro del mundo— ha enviado a nuestra patria, para la medición del arco meridiano y otras varias investigaciones científicas.

¡Cuán gratos y pacíficos son los triunfos de la ciencia! ¡Qué envidiables sus laureles!

Mientras el guerrero obtiene sus coronas —si gloriosas en muchas ocasiones— empapadas siempre en la sangre generosa de los vencidos y en las lágrimas de las viudas y los huérfanos; mientras el político audaz escala en veces la cumbre, entre las protestas de la multitud y los descontentamientos del pueblo; los sabios se dirigen a la cima, serenamente, tranquilamente, iluminando el sendero para los que vendrán después, sin arrancar un ¡ay! a las muchedumbres y descifrando, en provecho común, los enigmas que encierra el universo.

Sólo el Arte tiene análogas prerrogativas a la Ciencia y se halla circundado, como ella, de un ambiente de serenidad y de grandeza. Sí, la Ciencia irradiando su in-

tensa luz sobre los cerebros de los hombres, y el Arte enardeciendo sus corazones y tocando sus fibras más delicadas y sensibles, son los factores mágicos de su perfeccionamiento moral. Y los dos, Ciencia y Arte, sin envidias, sin recelos, sin desconfianzas, se complacen en ofrendarse recíprocamente su tributo, en inclinarse mutuamente con veneración ante sus respectivos altares.

Aquí tenemos, en este hermoso monumento, al Arte glorificando a la Ciencia. Aquí contemplamos a la Historia escribiendo, en caracteres indelebles, sobre sus tablas de bronce, los nombres de los sabios geodésicos que, enviados al Ecuador en diversas épocas, han inmortalizado sus nombres y dado gloria a la Francia, con trabajos de verdadero mérito. Bendigamos al Arte, a la Ciencia y a la Historia y ofrezcámosles nuestro humilde, pero sincero homenaje.

Verdaderamente gratas se nos presentan estas apoteosis para quienes abrigamos en el fondo de nuestro espíritu ideales nobles acerca del perfeccionamiento humano, y jamás consideramos como medios propicios para llegar a tan alta finalidad, ni el desgarrarse cruelmente los hombres entre sí, para avanzar los unos por entre los cadáveres de los otros; ni el alentar ambiciones tan desapoderadas que inciten a pisotear el derecho y la libertad ajenos, para alcanzar el apetecido triunfo; ni el ahogar en el corazón los nobles sentimientos humanitarios, con tal de conseguir el propio engrandecimiento; sino el cultivar con esmero las excelsas facultades del hombre, para ponerlas al servicio de sus semejantes, para propender al progreso y mejoramiento de los individuos y los pueblos, y para encaminarse, con paso firme y seguro, hacia la cumbre de legítimas aspiraciones, en lucha leal, incruenta y nobilísima.

He aquí por qué admiro con entusiasmo a los cruzados de la Ciencia, por qué amo con sinceridad a los luchadores por el Arte.

Y por lo demás, congratulémonos de que los sabios geodésicos franceses, esos extranjeros ilustres, hayan visitado nuestro suelo con fines tan elevados, que redundan en beneficio del saber, que es patrimonio común de la humanidad.

Paso libre, por las puertas de nuestra patria, a quienes vengan a difundir la luz, la verdadera luz de la ciencia, en sus distintas ramificaciones; a quienes traten de inculcar en nuestros pueblos doctrinas beneficiosas para los individuos y para la sociedad; a quienes nos enseñen a explotar, en provecho nuestro, las innumerables riquezas que esconde el suelo patrio; a quienes se dediquen a dar impulso a las industrias, al comercio y a las artes nacionales. Que vengan a enseñarnos, y a estimular, con su trabajo honrado, nuestras energías.

Atrás!, a los advenedizos que vienen a explotar nuestras riquezas tan sólo en beneficio suyo; a los que vengan a infiltrar en nuestro pueblo doctrinas disociadoras, anárquicas o perjudiciales a la armonía social. Atrás!, mil veces, a quienes, ocultos tras la máscara de un negociado cualquiera, vengan a poner en peligro la soberanía nacional, arteramente amenazada; a quienes, tras el velo aparente de un beneficio, traigan el puñal que ha de herir de muerte a nuestra independencia.

La Ciencia y el Arte, sí, no tienen fronteras; su patria es el universo; sus súbditos, los hombres todos. Recibamos siempre a sus representantes con reverencia y con afecto, festejemos con entusiasmo sus triunfos y ayudemos, con caballerosidad, a coronarlos de laureles.

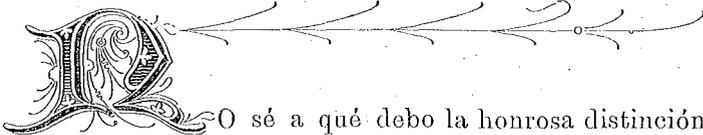
DISCURSOS

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA UNIVERSIDAD DE QUITO
AL CLAUSURARSE CON UNA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS EL CURSO
ESCOLAR DE 1899 A 1900

(Trata de los beneficios de la instrucción y de los progresos del siglo diez y nueve)

Señores:



NO sé a qué debo la honrosa distinción que me ha hecho la Junta Administrativa de esta Universidad, al designarme para que os dirija la palabra en estos momentos tan solemnes. Sin duda alguna ha desatendido por completo a mi incompetencia, teniendo presente tan sólo que la voz de un condiscípulo, la voz de un amigo, sea cual fuere, es la que se escucha siempre con interés, y la que echa muy hondas raíces en el corazón de la juventud.

Por eso a vosotros, queridos compañeros de estudio, se dirige principalmente mi alocución, ya porque de mis voces de aliento no lo han menester los Señores Profesores ni demás personas que me escuchan, como porque sois más conocedores de la escasez de mis aptitudes y sabréis, por lo mismo, disimular más fácilmente los defectos que notáreis en mi discurso.

*
* * *

Noble, sublime y elevada es la misión del hombre sobre la tierra: perfeccionar su inteligencia con el conocimiento de la verdad, y cultivar su corazón con el amor al bien.

Para lo primero tiene vasto campo en qué ejercitar sus facultades: los venerables atributos de la divinidad, las nobles potencias de que está adornada nuestra alma, la maravillosa estructura del cuerpo humano y sus íntimas relaciones con aquella, la filosofía en sus diferentes ramas, los distintos problemas sociológicos, la situación y movimiento de los astros, la composición geológica de la tierra y la variedad de minerales que la componen, la clasificación y género de vida de los animales y las plantas; en una palabra: Dios, el hombre y la naturaleza, le ofrecen variedad de materias para desarrollar con el estudio su poderosa inteligencia.

El hombre, nacido para vivir en sociedad, ha sido dotado de una luz esencialmente perfectible, que es la razón, la cual no es sino un destello vivísimo de la inteligencia divina. En virtud de esa perfectibilidad dirige sus primeros pasos en el sendero de la vida hacia el conocimiento de la verdad, cumpliendo de este modo con una aspiración de su naturaleza y con un deber. Sí, deber y aspiración primordiales, que hacen que nos hacinemos desde niños al rededor de las cátedras para recibir el provechoso pan de la ciencia; deber y aspiración magníficos, que nos impelen a hacer grades sacrificios para conseguir nuestro perfeccionamiento.

Pero, ¿serán estos sacrificios infructuosos? Nó: el hombre que se instruye es el que comprende la grandeza de su origen y la alteza de la misión que debe desempeñar sobre la tierra; el que no procura ennoblecer sus facultades, muy poco se eleva sobre los demás seres de la naturaleza. El hombre instruido acata el derecho ajeno, ama el cumplimiento del deber, adquiere el sentimiento del pundonor, coadyuva con sus conocimientos al adelanto de su patria, es el orgullo de su familia y consigue enaltecer su nombre; porque él es como el diamante, que necesita para brillar recibir luz y pulimento, y en el hombre la luz es la ciencia y el pulimento, la educación.

La ciencia, ese faro luminoso que conduce a las naciones al seguro puerto del progreso, es quien ha constituido al hombre en verdadero rey de la creación. Por medio de ella ha dominado los mares, horadado los montes y separado los continentes; ha escalado las alturas del firmamento y esendriñado las entrañas de la tierra; ha arrancado a la naturaleza sus más íntimos secretos, y, en su delirio de saber, se ha elevado en alas de su imaginación hasta el trono del Eterno, queriendo sorprender frenético sus misteriosos arcanos. Y ¡cosa admirable!, el sér que tiene subyugado al Universo es en los primeros días de su vida el más débil de la creación, como si Dios hubiera querido que se levantara por sus propias fuerzas, para que admiremos su divina grandeza en la grandeza de su obra.

La ilustración es la base de toda sociedad civilizada: sin ella, sus pasos son débiles y vacilantes; sus acciones, contrarias a las nociones más elementales del deber. La Historia nos demuestra claramente esta verdad: un pueblo ignorante es por necesidad bárbaro, y su barbarie se manifiesta en sus costumbres, en sus ideas y sobre todo en sus leyes; un pueblo ilustrado es necesariamente grande, porque la instrucción es la fuente de todas las obras maestras tanto en lo físico, como en lo moral y en lo intelectual. Por eso ha dicho muy bien Leibnitz: "dadme la instrucción pública durante un siglo, y yo mudaré la faz del mundo."

Así se ha mudado efectivamente, como vamos a verlo, en el siglo que ya espira.

*
**

Aprovechándose de los ensayos y trabajos verificados por Papin, Savery y otros físicos, para servirse del vapor de agua como de un poderoso motor, trabajos que los perfeccionó y casi los elevó á su apogeo el insigne ingeniero Watt, construye Fulton a principios de este siglo el primer buque

de vapor, que se lo miró flotar en las aguas territoriales de los Estados Unidos. Desde que se efectuó tan admirable descubrimiento, ¡qué transformación tan completa la que se ha verificado en la navegación y en el comercio del mundo! Las costas parece que se han aproximado unas a otras, las furias del mar han sido vencidas, el comercio ha adquirido enormes proporciones, estrechando al mismo tiempo a los pueblos con los lazos de la amistad, y las obras del arte y de la industria producidas en una nación, son llevadas con una velocidad extraordinaria a los lugares más apartados del globo.

Queriendo aplicar también esos descubrimientos al transporte terrestre, construye el hombre el ferrocarril, y obtiene beneficios tan provechosos como los anteriores. Y no contento con cruzar de rieles las planicies y los valles, ha ido a sorprender con el ruido de la locomotora, no sólo en Europa sino aun en nuestra vecina República del Perú, al cóndor de las rocas en la región de las nieves perpetuas (1).

Aunque la electricidad fué descubierta mucho antes de los comienzos de la era cristiana, ha sido utilizada de una manera asombrosa en el presente siglo. Merced a los notables experimentos de Galvani y Volta y a la célebre discusión entablada entre ellos, se fabricaron las pilas eléctricas, que, más o menos modificadas, se han prestado para muy útiles aplicaciones. Y, poco después, unidos estos trabajos al fecundísimo descubrimiento de Ørsted, el electro-magnetismo, dieron por resultado el telégrafo, invención admirable que permite comunicarse instantáneamente por medio de un hilo metálico a personas separadas por dos mares y que se encuentran en distintos hemisferios. Y Marconi, no satisfecho todavía con esto, pretende en la actualidad suprimir el hilo conductor siquiera para pequeñas distancias, y acaba de hacer magníficos ensayos al través del canal de la Mancha, esto es, entre las costas de Francia é Inglaterra (2).

(1) Posteriormente se ha hecho algo análogo en nuestra República, ya que el tren atraviesa bien próximo a las nieves del Chimborazo.

(2) Hoy es ya una hermosa realidad el telégrafo sin hilos, llamado a prestar servicios incalculables en lo porvenir.

La fotografía, por la cual podemos grabar en un instante y perpetuar en una hoja de papel no sólo la imagen de personas y paisajes, sino hasta las escenas animadas de la naturaleza y de la humanidad, tuvo su origen en este siglo, mediante los ensayos de Niepce y Daguerre, perfeccionados notablemente después. Y en este siglo apareció también el insigne Edisson llenando de asombro al mundo, ante los portentosos aparatos inventados por él. Entre otros, el proyectoscopio, que reproduce sobre un lienzo esas mismas escenas, pero con su propia vida y movimiento, y el fonógrafo, por cuyo medio pueden conservarse sin alteración ninguna las voces de los que actualmente vivimos, para que puedan ser escuchadas por las innumerables generaciones que nos sucedan (1).

Tantos descubrimientos asombrosos, han llegado casi a eliminar las distancias en el universo. El vapor ha disminuido las de los océanos; el ferrocarril, las de la tierra; los telescopios, debidos principalmente a Gregory, Newton y Herschell, las de los espacios planetarios; el telégrafo y teléfono, las que existen entre las personas contemporáneas; el fonógrafo, las del tiempo que las separará de nosotros a las que existirán después, ya que, como he dicho, podrán ellas oírnos; y quizá no esté muy lejano el día en que podamos mirar a una persona que habite en distinto continente, al mismo tiempo que hablemos con ella, y en que dando dirección segura a la navegación aérea, no tengamos que envidiar al águila, surcando a nuestro placer las alturas del firmamento (2).

*
* *

Si tantos prodigios se han realizado en el mundo físico durante el presente siglo, también en el mundo moral se han alcanzado progresos de alta significación.

(1) Acaba Edisson de exhibir en los Estados Unidos el Kinetófono, que es la combinación perfecta del cinematógrafo con el fonógrafo.

(2) Dumont, Zeppelin, los hermanos Writh, Blériot, Lathan Farman... y toda la brillante pléyade de aviadores que se ha hecho digna de la admiración del mundo, ha resuelto ya este problema, que ocasionará, en lo futuro, una evolución completa en diversos órdenes de la actividad humana.

La Iglesia Católica, esa poderosa palanca de la civilización verdadera, ha extendido sus protectores brazos hasta los últimos confines del globo. Ha penetrado hasta en la egoísta China, para salvar a la humanidad naciente de los actos de barbarie verificados con ella en esa nación. Y la Francia, ese país tan civilizado bajo todo aspecto, ha mandado plantar la Cruz en sus colonias situadas en las estériles arenas del África, comprendiendo que ella es un factor indispensable para el adelanto de los pueblos (1).

Las legislaciones han mejorado notablemente en casi todos los países, y si bien la civil no ha alcanzado un incremento mayor comparada con la romana, porque ésta llegó casi a su cenit, merced a los insignes jurisperitos que immortalizaron a Roma, dándole leyes tales que han servido de fundamento para todas las legislaciones del mundo; la penal ha progresado de una manera sorprendente. Hoy los Códigos no contienen penas infamantes ni autorizan torturas corporales como los de la antigüedad, sino que ellas han sido substituidas por otras que tienden directamente a devolver a la sociedad un individuo útil, rehabilitándolo por medio del arrepentimiento y del trabajo.

El Derecho Internacional, debido á los estudios de los publicistas modernos y a los Congresos reunidos con el objeto de perfeccionarlo en Viena, Aquisgrán, París, Bruselas, Wáshington, etc., ha estrechado los lazos de la amistad y del comercio entre las naciones y ha disminuido, en cuanto ha sido posible, con sus doctrinas humanitarias, los horrores de la guerra.

Aunque en el horizonte literario no han asomado astros de tanta magnitud, como los que brillaron en los tiempos antiguos de Grecia y Roma, ni tampoco en tanta abundancia, como aparecieron en España en el siglo de oro; sin

(1) Con posterioridad a esa época, la Francia, o más bien, las autoridades francesas declararon guerra a la Iglesia; pero, en cambio, ha ganado ella mucho terreno en Alemania, el Japón, los Estados Unidos y otros pueblos cultos y progresistas de la tierra.

embargo, no han dejado de lucir en el actual magníficos ingenios, que, como Menéndez y Pelayo, Víctor Hugo, D'Annunzio, Pereda, Tolstoy, Núñez de Arce en Europa, y Olmedo, Bello, Montalvo, Rodó, Caro, Llona, Cervo, González Suárez, en América, bastan para llenar de gloria á los suelos donde nacieron.

Y, finalmente, en este siglo, completando la obra de Colón y siguiendo el ejemplo dado en el anterior por Washington en el Norte, se levantaron insignes guerreros para independizar la América del Sur, y lo obtuvieron merced á sus gloriosas espadas, entre las que figuran en primer término las de Bolívar, Sucre y San Martín.

*
* *

Entusiasma, verdaderamente, señores, é infunde aliento el considerar los adelantos que se han efectuado en este siglo mediante el estudio, los esfuerzos o la meditación de los grandes hombres, y se siente profundo dolor al observar que nuestra patria permanece desde hace muchos años casi estacionaria, o, a lo menos, avanza muy lentamente por el camino de la civilización. ¿Qué? ¿No brotan acaso de su seno magníficos ingenios que, estimulados y cultivados con esmero, pudieran dar gloria al Ecuador ante las naciones extranjeras? ¿No cuenta con elementos suficientes para colocarse de un modo relativo a la vanguardia de las repúblicas sudamericanas? A las altas autoridades del Estado corresponde velar de preferencia sobre la instrucción pública, que es la fuente más fecunda del bienestar y progreso, alentar a la juventud estudiosa, estimularla, y establecer entre nosotros el estudio de otras ciencias que, unidas á las que en la actualidad se cultivan, contribuyan eficazmente al adelanto moral y material del país. Y a la noble juventud que se levanta, adquirir amor al estudio y al cumplimiento del deber, y convencerse de que cultivando sus talentos pueden llegar a ser el orgullo y la esperanza de su patria.

Vosotros, estudiantes de Jurisprudencia, que más tarde tendréis en vuestras manos la balanza de la justicia, amad a ésta con todo vuestro corazón, y revestíos con el manto de la probidad, que es el distintivo más precioso del magistrado. Atended siempre a los dictámenes de vuestra conciencia sin apartaros de los preceptos de la ley, y no os dejéis jamás seducir por interés, porque de lo contrario vuestros nombres no se escribirán con letras de oro, sino que serán justamente mancillados. Estudiad con empeño esos importantes problemas sociales, de cuya solución y práctica depende muchas veces la felicidad ó la desgracia de los pueblos.

Y vosotros, discípulos de Hipócrates, que tenéis la excelsa misión de aliviar a la humanidad doliente, elevad más el carácter de vuestro destino embelleciéndolo, cuando sea necesario, con el brillo de la caridad. Procurad afanosos devolver a vuestros semejantes el don precioso de la salud, coadyuvando de esa manera al desarrollo de sus facultades intelectuales, porque *mens sana in corpore sano*, y librándoles de esa situación terrible que, como ha dicho un autor, es la oscilación entre la vida y la muerte.

Pero no sólo tenéis inteligencia que cultivar, tenéis también corazón; y para perfeccionarlo, no hay fuente más pura, más saludable que la Religión Cristiana: ella es la única que sublima al hombre y a veces lo eleva a una condición moral casi divina.

*
* *

He ahí, juventud florida, el cuadro de vuestras principales obligaciones: buscar con anhelo la verdad, amar con predilección el bien. Luchad, pues, y trabajad constantes por perfeccionaros, pues por medio de la lucha se consiguen casi todos los bienes de la tierra. Lucha el hombre con los agentes de la naturaleza, y florece la agricultura; lucha contra su propia ignorancia, y resplandece la ciencia; lucha

por hacer útiles a los productos que nos ofrece la tierra, y toma vida la industria; lucha por abrirse paso por en medio de las olas del mar y de la espesura de los bosques, y se agilita el comercio; lucha contra sus rebeldes inclinaciones, y brilla la virtud; lucha por largos años con las vicisitudes de la vida, y obtiene la experiencia; lucha, finalmente, con la barbarie, y luce la civilización.

No desmayéis porque vuestros conocimientos sean todavía escasos: de imperceptibles vapores que se levantan de la superficie de los lagos y las fuentes, se forman esas inmensas nubes que se deshacen en lluvias benéficas para la tierra; y esos caudalosos ríos que con su impulso se abren paso al entrar en los océanos, son en su origen insignificantes arroyuelos que afluyen de diversos puntos para hacerse poderosos. Así mismo, las ideas que poco a poco recogéis, son los vapores que se condensan en vuestras mentes para deshacerse en lluvias benéficas para la sociedad; son los pequeños manantiales que después se abrirán paso en el inmenso océano de las Letras.

* * *

Mas, no terminaré mi discurso sin dirigir una palabra sincera de gratitud a los Señores Profesores de esta Universidad, los cuales con decidido empeño ha dedicado sus desvelos a la educación de la juventud. Si ésta llegara algún día a producir excelentes frutos, la gloria que sobre ella recaiga lo será también de sus maestros, así como ellos forman a su vez la aureola de sus predecesores, que encontraron estas inteligencias aptas, para reflejar en ellas su copioso saber.

¡Distinguidos estudiantes!: innumerables son los sacrificios que os exige la ciencia, pero no desfallezcáis por esto, ya que ella y la patria os preparan sus galardones. ¿Qué significan, si no, esas medallas con que se premian hoy vuestros esfuerzos? Son como ellas mismas lo dicen muchas veces, la recompensa al mérito, al talento y a la apli-

cación; son los documentos que atestiguarán siempre vuestro honroso pasado, y las credenciales con que podéis presentaros a la sociedad para merecer su estimación y sus aplausos. Y, por otra parte, ¿habrá sacrificio que deba parecernos costoso cuando se trata de ceñir un laurel más a nuestra frente, de ascender un escalón más en el sendero de la gloria?....

Adelante, jóvenes ecuatorianos, estudiad con tesón, que presto pasará el tiempo y veréis realizadas vuestras esperanzas, enaltecidos vuestros nombres y fincado vuestro porvenir.

Julio de 1900.



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA VELADA CON QUE CELEBRÓ LA SOCIEDAD "JURÍDICO-LITERARIA" EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN

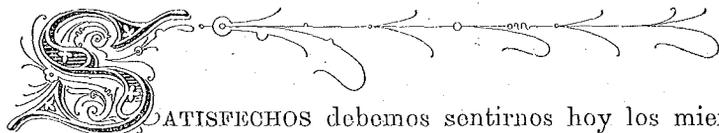
(Trata de la Jurisprudencia y, por separado, de la Poesía)

(Dedicado por el autor a su distinguido tío, el eminente juriscónsul
Sr. Dr. Don José María Bustamante)

Respectables Señoras

y Señoritas:

Señores:



¡SANTISFECOS debemos sentirnos hoy los miembros de la Sociedad "Jurídico-Literaria," al ver la manera cómo las elevadas clases sociales de esta Capital han correspondido a nuestra invitación. Los representantes de los altos Poderes del Estado; las distinguidas Matronas y Señoritas de la culta sociedad quiteña; los ilustres ancianos, encanecidos en el cultivo de las Ciencias y las Letras y que constituyen el orgullo de nuestra patria; los inteligentes jóvenes que comienzan a recorrer entusiastas por los nobles senderos del saber: todos han acudido ahora a honrarnos con su presencia y a escuchar nuestras débiles pa-

labras. ¡Cómo se conoce que la juventud tiene por sí sola grandes atractivos, cuando todos aceptan gustosos su sincero llamamiento, aun cuando ella no tenga, muy a pesar suyo, nada bueno que ofrecerles!

Y ¿para qué os hemos reunido ahora en este bello recinto? ¿Será, acaso, para deleitar vuestras ilustradas inteligencias con hermosos y elocuentes discursos; para embelesar vuestros corazones con inspiradas poesías?... Nó; jóvenes que zarpamos poco ha de las tenebrosas playas de la ignorancia, para ver de internarnos, siquiera un pequeño trecho, en el sublime, pero proceloso mar de la ciencia; jóvenes escasos de aptitudes y de ingenio—al menos por lo que a mí se refiere—; mal podíamos regalaros esos manjares del espíritu, por más que vosotros anheléis justamente saborearlos. ¡Quede para los cerebros privilegiados la dicha de poder brindar, a un auditorio selecto como el actual, frases arrobadoras, capaces de prender el fuego del entusiasmo aún en los corazones más indiferentes! Nosotros os hemos convocado solamente para que, conocedores como sois de las dificultades que rodean a los que emprenden labores como la nuestra, nos dirijáis una voz de aliento en estos solemnes instantes, y para que vuestra respetable presencia nos sirva de poderoso estímulo para continuar adelante en la difícil, pero noble tarea que hemos comenzado.

A la verdad, ¡qué noble, qué alhagador es el hecho de habernos reunido unos cuantos amigos, cursantes de Derecho, con el elevado propósito de estudiar juntos los intrincados problemas de la Jurisprudencia y amenizarlos con el agradable cultivo de la Literatura! En esta clase de sociedades es donde el espíritu se ensancha y se ilustra con el continuo cambio de las ideas, con la resolución de las dificultades que se suscitan ocasionalmente, con las sabias y profundas enseñanzas que, benévolos, se dignan dar los socios honorarios, los ilustres maestros de la juventud, y, en fin, con la crítica amistosa que cada uno tiene perfecto derecho de hacer, respecto de los ensayos de sus compañeros.

*
*
*

Dos son, pues, como os he dicho, los objetos principales que nos propusimos al fundar esta Sociedad: el estudio de la Jurisprudencia y el cultivo de la Literatura. Voy a hablaros, siquiera sea someramente, de cada uno de ellos.

Nada más necesario ni más útil tanto para las Naciones como para los individuos que las componen, que el estudio y cumplimiento del Derecho en sus diferentes faces. Desde los remotos tiempos de Grecia y Roma se ha reconocido lo indiscutible de esta verdad; y, por eso, los sabios más profundos, como Solón y Licurgo; los filósofos y oradores más admirables, como Demóstenes y Cicerón; los espíritus más pensadores, como Triboniano, Gayo y Papiniano, pusieron su atención preferente en la ciencia de la legislación.

Y, en efecto, si consideramos al Derecho en su acepción más lata y desde su verdadero punto de vista, no podremos menos de reconocer que su acción es esencialmente benéfica y civilizadora. El arregla las innumerables y diarias relaciones de los individuos entre sí; dispone de la manera cómo se ha de constituir la familia; vela por la posteridad desde antes de su nacimiento; ampara al huérfano, al débil y al menesteroso; interpreta la voluntad del moribundo, aun cuando éste no haya podido manifestarla; cuida del recto y justo cumplimiento de los contratos que se celebran, de las obligaciones que se contraen; da ensanche y vigor al comercio, facilitando sus transacciones; es el tutor nato de todos y de cada uno de los individuos de la sociedad, para defender su vida, su honor y su fortuna; se afana por establecer sobre bases firmes y duraderas el bienestar de los ciudadanos; castiga con severidad a los delincuentes, para ver de conservar incólumes la tranquilidad y el orden públicos; determina a los Poderes del

Estado el límite del cual no les es lícito pasar, para que llenen sus elevados fines y no empuñen la vara de la tiranía o del despotismo; prescribo a los súbditos los deberes que están obligados a cumplir, so pena de entregarse en los opresores brazos de la anarquía; señala a las naciones la conducta que deben observar en sus relaciones recíprocas, para cimentar más la amistad, evitar las discenciones o disminuir sus estragos cuando ellas sean inevitables, para que reglen sus acciones a los dictados de la justicia ya sean grandes y poderosas o pequeñas y humildes, y para que las primeras reconozcan que la opresión y la conquista respecto de las segundas, es propio sólo de la barbarie; extiende, en fin, su protector influjo a naciones y pueblos, a individuos y familias, a gobernantes y gobernados, a todo cuanto existe y puede existir. ¿Puede darse una acción más universal y más bienhechora?

¡El día en que el ángel de la Justicia despertara a los hombres de su letargo con su celestial trompeta, y recorriendo los ámbitos del globo les prescribiera la sujeción estricta a los dictados del Derecho, que son los de la recta razón, y ellos esencharan atentos su voz y obedecieran sus mandatos; ese día, repito, sería el de mejor regocijo, el de mayor dicha para la humanidad!

El termómetro más exacto para conocer el grado de civilización de un pueblo es, sin duda, su legislación. En ella se retratan sus tendencias, sus ideas, sus conocimientos y su respeto a los bienes y a la dignidad ajenos. Por esto, los más célebres historiadores han dado al examen de las respectivas legislaciones un puesto preferente en sus obras.

La humanidad se enorgullece, con justicia, de los progresos alcanzados en el mundo físico durante el siglo que acaba de fenecer, mediante los titánicos esfuerzos de algunos ingenios privilegiados y las sorprendentes aplicaciones de las ciencias físicas y naturales. El ferrocarril, el vapor, el telégrafo, los globos dirigibles, etc., manifestando están a las claras que los conocimientos humanos

avanzan rápidamente, y de cuánto es capaz la inteligencia del hombre cultivada con el estudio. Pero si esto es verdad y lo reconocemos con íntima e indecible satisfacción, no lo es menos que todos estos adelantos significarían muy poco para la humanidad, si ella dejara de ser impulsada hacia la cumbre por la poderosa, por la inmortal palanca del Derecho. ¿De qué le serviría a ella—a la humanidad—trasladar con suma rapidez sus personas y sus haberes a los lugares más apartados del globo; comunicarse instantáneamente entre individuos situados en la zona ecuatorial y las polares; trasmontar las cordilleras más escarpadas y elevarse a grandes alturas en la atmósfera; si abandonando el estudio del Derecho y dejando abolidas todas sus prescripciones, viera sus bienes arrebatados a cada instante por el más audaz o por el más fuerte; si mirara su vida amenazada de continuo por la ferocidad o la codicia; si la envidia o la ignorancia pudieran arrebatar impunemente su honra; si sus propios esfuerzos fueran la única autoridad para hacer valer sus derechos; si contemplara a la ancianidad ofendida, a la orfandad abandonada, mancillada a la inocencia y escarnecida a la virtud, sin que éstas encuentren amparo ni defensa en ninguna parte?.... ¿Qué sería de las Naciones el día en que los súbditos rechazaran de sí toda idea de autoridad, o la Autoridad desconociera todo derecho de los súbditos; en que las más fuertes y mimadas de la fortuna borrarán los límites que las separan de sus vecinas; en que sus convenios y tratados fueran considerados como un mito; y en que el estampido del cañón fuera el único medio de manifestar la justicia de sus pretensiones?.... ¡Suprimid el Derecho, y el comunismo, el socialismo y la anarquía serán los soberanos del universo!.... ¡Suprimid la Ley, y veréis al mundo convertido muy pronto en pavoroso caos!....

Así lo han comprendido, felizmente, los hombres desde las más remotas edades, y por eso, trataron de cimentar más el natural instinto de sociabilidad, con las sólidas bases de legislaciones sabias. Y después, sus leyes, al pa-

recer sencillas e inspiradas sólo en un recto criterio, llegaron a constituir el más valioso título de su inmortalidad.

Traed, por un momento, a la memoria a la Roma antigua, a la cuna de las letras, las ciencias y las artes; contempladla paseando sus águilas vencedoras por casi todos los ámbitos del mundo entonces conocido; y.... mirad, más tarde, su poder reducido a la nada, su grandeza militar convertida en cenizas. Pero admiradla como legisladora, dictando, desde el sagrado trípode de la ciencia, disposiciones sabias para el bienestar de los ciudadanos, y, aunque destrozada después por sus enemigos, la veréis dominando—por medio de sus leyes, que, como dice un autor, son y serán siempre la razón escrita—no solamente a sus propios vencedores, sino también a todas las naciones del universo y por el ilimitado transcurso de los siglos.

Fijaos en Napoleón, en ese genio inmortal que parecía creado para gobernar el mundo; vedle en los campos de batalla destrozando fácilmente a los guerreros más esclarecidos de Europa; observad la actividad desplegada por él para engrandecer a la Francia extendiendo sus fronteras, si era posible, hasta verlas confundidas en los puntos antípodas de ella, porque la consideraba estrecha para sus deseos y anhelaba decir, como Carlos V respecto de España, que en sus dominios jamás se ponía el sol. Pero, dejad correr el tiempo, y miradle en Santa Elena.... ¡Ah!, Napoleón en Santa Elena, es el emblema fiel del sol en el ocaso, del león encadenado y vencido, del roble secular despedazado!.... Napoleón en Santa Elena, es el símbolo más exacto de la Grandeza, caída; de la Soberbia, humillada; del Poder más fuerte, destronado, y de la Ambición desmedida, recibiendo su justa recompensa!....

Y así se han marchitado casi todos los laureles ceñidos en los campamentos; mas, no ha sucedido lo mismo, con los que se han conquistado en los campos de la ciencia o del arte. Cayó el Emperador por la coaligación de las potencias europeas que miraban en él una terrible ame-

naza; pero su Código, compendio de la más profunda sabiduría, expedido durante su Consulado, ha ejercido y seguirá ejerciendo un irresistible dominio sobre todas las naciones y sobre los legisladores más sabios del universo.

Sublime es, verdaderamente, la misión del legislador; pues su cerebro es—como ha dicho muy bien Portalis—“el Olimpo de donde se difunden las grandes ideas, las concepciones felices, que deciden la suerte de los hombres y el destino de los pueblos.” ¡Sí, los hombres y los pueblos serán mucho más felices el día en que se destruya el mayor número posible de fusiles y cañones, para convertirlos en innumerables plumas que defiendan la verdad y el derecho y los consignent en obras inmortales!

Fácilmente se concibe, por lo expuesto, cuán indispensable es para las sociedades el cultivo esmerado de la Jurisprudencia en sus diferentes ramificaciones. Soy el primero en reconocerlo y me complazco en manifestarlo en estas solemnes circunstancias, que es de todo punto necesario, para una nación cualquiera, que gran parte de sus individuos se dediquen al estudio de la ingeniatura, agronomía, arquitectura, física o ciencias naturales, que son las fecundas fuentes del progreso material; que es un deber primordial de los Gobiernos establecer sólidamente la enseñanza de estas asignaturas; mas, no por esto, hemos de despojar de su excelsitud a la ciencia del Derecho ni considerarla como cosa secundaria, so pretexto de un mal entendido positivismo; porque sin ella, sin sus aplicaciones que son esencialmente prácticas, todos los demás conocimientos serían nulos y no producirían sus benéficos resultados, como lo he manifestado anteriormente.

Pero, temo extenderme demasiado, y por esto, hablaré ya de la literatura, concretándome, por hoy, a la poesía, que es, a no dudarlo, la manifestación más hermosa del ingenio humano.

*
* *

¡Poesía!.... Esta sola palabra basta para hacer brotar el fuego del entusiasmo en los corazones más fríos e indiferentes; para elevar al infinito a los espíritus más débiles y apocados.

¡Poesía!.... Ella es la diosa a la cual rinden fervoroso culto las almas más nobles, los ingenios más esclarecidos. ¿Quién no se siente cautivado a su influjo celestial, cuando derrama inspiraciones sobre las inteligencias creadoras y ellas, con sus armoniosos cantos, nos proporcionan el cosuelo en las horas de amargura, hacen latir nuestros corazones a las influencias del cariño, nos arrebatan entusiasmas en las horas de placer, y nos atraen irresistiblemente por medio de esa simbolización de lo grande, de lo sublime, de lo bello y de lo fecundo?.... ¿Qué labio no se complace en recitar, de vez en cuando, algunas estrofas, que parecen ser la expresión más viva y verdadera de los pensamientos que interiormente nos agitan?

La poesía, cuando ocupa el trono que le corresponde, ensalza a la virtud y deprime al vicio, canta los recuerdos de la infancia, glorifica a los héroes y a sus victorias, pinta con los colores más vivos las bellezas de la creación, expresa del modo más genuino los sentimientos de amor, de gozo, de admiración y de esperanza, y es el desahogo más hermoso del corazón en sus horas de alegría o abatimiento.

El poeta no es un mero espectador de la naturaleza: es el profundo descubridor de sus secretos, la lente microscópica que pone de relieve ante los ojos de los demás hombres las beldades que ella contiene, y el intérprete fiel de su mudo lenguaje. Él levanta con su dedo los párpados de las multitudes ciegas e indiferentes, para que vean todo lo que en el mundo hay de grande o de pequeño,

les muestra las llagas sociales y les señala lo que existe de elevado o de vituperable en la humanidad. Él toca las fibras más delicadas de los corazones apáticos e insensibles, para enseñarles a entusiasmarse por las glorias de la patria, a reír con los que ríen y a llorar con los que lloran. Él es la palanca moral que aparta al corazón humano de las prosaicas escenas de la vida, para transportarle, siquiera sea por breves momentos, a las regiones de la belleza y del arte. Él conduce a nuestros espíritus por los senderos propios del espíritu. Y ¿se quiere una misión más excelsa?

Si es verdad que el hombre fué creado a imagen de la Divinidad, también lo es que el poeta es el que más se le asemeja; porque ha recibido algunos resplandores de la potencia creadora, que es uno de los atributos más sublimes de Dios. Sí, los poetas son hombres superiores; ellos civilizaron a los primitivos salvajes, como nos lo enseña la Historia, sacándolos con su mano poderosa del estado de abyección en que se encontraban; ellos han inmortalizado con sus cantos a los seres sobresalientes de la humanidad por sus virtudes, por su valor o por sus talentos; ellos han reflejado en sus obras el carácter y el progreso de las naciones. ¿Quiénes sino Homero y Virgilio han pintado con mano maestra las famosas epopeyas griegas y romanas? ¿Quién ha realizado mejor que Víctor Hugo los acontecimientos culminantes de la Francia durante su siglo? ¿Quién ha inmortalizado a Bolívar, sino Olmedo? ¿Quién, sino Herrera, a Don Juan de Austria y a los héroes de Lepanto?

Con razón los pueblos más civilizados de la antigüedad consideraban a los poetas como a hijos predilectos de los dioses, y los romanos, a pesar del rigor de su legislación con respecto a los esclavos, cuando encontraban entre ellos individuos dotados de ingenio, como sucedió con Fedro y Terencio, les daban un tratamiento digno, comprendiendo la superioridad de sus talentos.

“Tres musas inmortales—ha dicho un célebre escritor

—reinarán sobre todas las generaciones poéticas que nos sucedan: la religión, el amor y la libertad.” A estas añadiría yo otra: la naturaleza; pues ella simboliza a lo vivo, en sus escenas, los variados sentimientos del corazón y las vicisitudes de la vida. En efecto, ese movimiento, esa agitación tan encantadora, ese bullicio del universo entero a las primeras caricias del sol, ¿no son una expresión poética, una imagen exactísima de la animación y alegría que experimenta el hombre en los primeros albores de su existencia? Ese brotar continuo de las flores a los pocos instantes de que despierta la aurora, ¿es otra cosa que el símbolo de las ilusiones que nacen en nuestra alma poco después de habernos separado de la cuna? El rocío depositado por el alba en los cálices de las flores, que sirve para darles frescura y lozanía y hacerles exhalar su perfume, ¿no es un emblema del llanto, que al caer en nuestros corazones desde las primeras horas de la infancia, sirve para aliviar nuestras dolencias y, más tarde, para desahogar nuestros pesares? La fuga de la niebla ante los primeros rayos del astro refulgente, ¿no es una representación del error que se aloja avergonzado ante la luz esplendorosa de la verdad? Esos manantiales que recorriendo diversidad de parajes van a terminar su carrera en abismos insondables, ¿no están pintando la existencia humana, que después de atravesar las variadas sendas de la vida, va a perderse en los misterios de la eternidad? La majestad y silencio de la tarde, en la cual parece que hasta las montañas meditan, circundadas por la sombras, ¿no representan fielmente a la ancianidad, rodeada de cierto ambiente de tristeza, meditada y pensadora? La caída de las hojas marchitas de los árboles a causa de los rigores del estío, ¿no está simbolizando el deshoje de las ilusiones del corazón al llegar a la vejez? Expresiones mudas son todas estas, pero llenas de bellísima elocuencia, que Dios ha derramado en la creación sensible, para que el hombre las traduzca a su propia lengua por medio de la palabra. Y ésta es una de las misiones exclusivas del poeta, aunque a veces no la puede llenar satisfactoriamente, porque no encuentra voces apro-

piadas para traducir esa poesía encerrada en las patéticas o apacibles escenas de la Naturaleza. Pero ella es una musa tan inmortal como las anteriores; ella es la fuente inagotable de inspiración, donde se han alimentado los ingenios más esclarecidos que ha admirado el mundo.

Considerad por un instante el poder del orador. Desde el momento en que sube a la tribuna, todo el auditorio está pendiente de sus labios; enardece con el fuego de su elocuencia a todos los corazones, haciéndoles amar lo que él ama y aborrecer lo que él aborrece; lleva la convicción de la verdad de sus proposiciones a las inteligencias ilustradas y se apodera insensiblemente del ánimo de sus oyentes, valiéndose para ello de la fuerza racional y arrolladora de la palabra. Y sin embargo de ser tal su poderío, es superior la gradenza del poeta.

Cedamos la palabra, en este punto, al inmortal Lamartine, y oigamos cómo se expresa: "La suerte del orador —dice— es más seductora que la del filósofo o el poeta; el orador participa a la vez de la gloria del escritor y del poder de las masas sobre las cuales obra; es el filósofo—rey, si es filósofo; pero su terrible arma, el pueblo, se rompe entre sus manos, le hiere y le mata (se refiere al orador político); y luego lo que hace, lo que dice, lo que agita en la humanidad, pasiones, principios, intereses pasajeros, no es duradero, no es eterno por su naturaleza; el poeta por el contrario, y entiendo por poeta a todo el que crea ideas en bronce, en piedra, en prosa, en palabras o en ritmos, el poeta no agita más que lo que es impercedero en la naturaleza y en el corazón humano: los tiempos pasan, las lenguas se desgastan, pero él vive siempre intacto, siempre *tan él*, tan grande, tan nuevo, tan poderoso sobre el alma de sus lectores: su suerte es menos humana, pero más divina. Es superior al orador!"

Y, por otra parte, ¿qué es lo que se propone el poeta? ¿cuáles son sus ambiciones? Presentar las obras del Creador en toda su magnificencia y las acciones humanas meri-

torias en toda su esplendor; divinizar el amor, el dolor y los demás sentimientos elevados; vaciar en el papel los anhelos de su corazón y las concepciones de su cabeza; comunicar a los demás una chispa siquiera de la inmensa hoguera que interiormente lo devora, y, sobre todo, ambiciona la gloria y la inmortalidad. ¡Ah! ellas son las aspiraciones más nobles, los imanes más poderosos, los ideales más sublimes para las almas grandes!.... Anhelarlas tan sólo, es un preludio de grandeza; poseerlas, una felicidad verdaderamente envidiable!

La poesía todo lo transforma y lo diviniza con la magia de sus encantos, y se la siente palpar, prestando calor y vida, en todo lo que tiene un tinte de maravilloso. Con razón Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, considerada por el insigne literato Don Marcelino Menéndez y Pelayo como la primera poetisa de América, se expresa de este modo en su inimitable oda "A LA POESÍA:"

“¿Qué a tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso;
El universo tu ropaje viste
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedora diestra.”

Sí, la mejor poesía que existe, es el mundo que admiramos, y el primer poeta, es Dios!

*
* *

No faltan, sin embargo, inteligencias rastreras y espíritus vulgares, que incapaces de elevarse en alas del ingenio, pretenden desacreditar a la poesía, calificándola de inútil, considerándola como una mera ficción y queriendo extinguirla de sobre el haz de la tierra.

Felizmente, los que así piensan, no son sino los positivistas exagerados, los cuales sólo aprecian como digno

del hombre lo que puede satisfacer sus intereses materiales, descuidando por completo lo que perfecciona o deleita a la parte espiritual y más noble de la humanidad. No obstante, manifestaré en pocas líneas lo infundado de aquellas apreciaciones.

¡Que la poesía es inútil!... ¿Qué? ¿hemos de considerar como útil tan sólo lo que sirve para sustentar nuestro cuerpo y cubrir su desnudez, y hemos de negar ese calificativo a lo que alimenta nuestro espíritu y ennoblece nuestros sentimientos, a lo que nos hace ver más claramente la infinita distancia que separa al hombre de los demás seres de la naturaleza? ¿Se ha materializado tanto el criterio, que se cree más apetecible para un hombre disfrutar de un halago físico más, que levantarse a las regiones excelsas del Olimpo, donde todos le contemplen y admiren, y donde respire el aire embriagador de la gloria, del arte y de la belleza?....

Por otra parte, el hombre trabaja y se afana para proporcionarse, además de las comodidades de la vida, algún goce, alguna satisfacción, como cosa no sólo útil sino necesaria en ella. Y, ¿habrá un ser racional que goce más saboreando los manjares que agradan a su paladar, que percibiendo con la inteligencia el exquisito sabor que contienen las poesías de Milton, Heredia o Núñez de Arce, o deleitándose en los teatros con las inmórtales producciones de los autores dramáticos más renombrados, de los trágicos más sublimes?

Con sobrada razón se considera universalmente como útil, aún en las épocas en que se difunden las ideas de materialismo, el esmerado cultivo de la pintura, de la música, de la escultura y de las demás bellas artes, y ¿hemos de mirar con desdén a la poesía que, indiscutiblemente, resplandece en la cima de todas ellas?

Las naciones no sólo necesitan para su engrandecimiento de obreros y trabajadores industriales; sino también de seres abnegados en cuyo pecho arda el fuego del patrio-

tismo, para que ejecuten acciones meritorias en favor de los asociados; y de corazones heroicos, capaces de sacrificar sus vidas en aras de la patria, ya sea libertándola, ya defendiéndola de las potencias enemigas. Los Bolívar, los Sucre, los Calderón, los Ricaurte, son indispensables para los pueblos. Y, si estos seres extraordinarios acometen grandiosas empresas de una manera tan desinteresada, ¿no es porque acarician el noble anhelo de la gloria? ¿Y no son los poetas los llamados, en primer término, a inmortalizar sus nombres y sus hazañas?....

¡Que la poesía carece de realidad, que es una mera ficción!.... ¿Habéis penetrado en el corazón de una selva?; ¿habéis mirado con espíritu observador las bellezas que la pródiga mano del Eterno ha derramado en el universo?; ¿no se ha infiltrado alguna vez la amargura en vuestro pecho?; ¿habéis sentido interiormente los encantos de la ilusión, las dulzuras del amor?.... ¿No se han despertado entonces, en vosotros, esos altos pensamientos, esas ideas arrobadoras, esos sentimientos delicados, que son en sí realidad y no ficción, y que expresados con palabras constituyen el fondo de la verdadera poesía?

Muchas de las concepciones poéticas son el fruto de una observación perspicaz, y así, el poeta, cuando se cree que fingé, lo que hace es estudiar atentamente los acontecimientos, sondear el corazón humano y, poniendo en juego los conocimientos que ha adquirido, escribir un drama, cantar un hecho o dar a luz un poema, que, a veces, no son la relación de tal o cual suceso histórico, pero que revelan con exactitud lo que es el hombre, cuáles son sus deseos, sus esperanzas y el poder de sus pasiones. Asimismo, contempla él los espectáculos de la creación esparcidos en distintos lugares, conserva en su memoria las ideas que le han sugerido y pinta, después, con su pluma, hermosísimos cuadros, que no representan, en ocasiones, tal o cual paraje determinado; pero que son el hacinamiento, la síntesis de las bellezas reales que han hecho estremecerse a su alma.

No se crea tampoco, por lo dicho, que yo juzgue que los individuos, aun cuando estén dotados de ingenio, deban dedicarse exclusivamente al cultivo de la poesía; no: la ciencia en sus infinitas faces, las industrias, las artes, el comercio o la agricultura, han de merecer, sin duda, su atención preferente. Pero pretender—como sucede con muchos—que aun aquellos cerebros privilegiados que sienten arder el fuego de la inspiración, han de permanecer perpetuamente callados, sólo porque sus obras no han de producir beneficios materiales para la multitud; es llegar al colmo de la vulgaridad y de la insensatez. ¿Luce, acaso, más el águila cuando abate su vuelo y se oculta en su recóndito nido, que cuando despliega magestuosa sus alas para elevarse a las regiones de la luz? Sin ir muy lejos, Olmedo, Llona, Mera, Cordero, Borja, Crespo Toral y otros ilustres poetas compatriotas nuestros, arrojando desdeñosos la lira desde su juventud, para no tañirla jamás ¡ah!, eso habría sido la inhumación voluntaria del ingenio, el amor a la oscuridad y el odio a la gloria, el desprecio de uno de los dones más sublimes del Creador!

Si queréis, exagerados positivistas, que enmudezcan para siempre los poetas; apagad el sol, para que no vivifique al universo; oscureced la aurora, para que no les deslumbré con su hermosura; eclipsad la luna, para que no les envíe sus fulgores; desecad los lagos y los mares, para que no les brinden sus encantos; detened los ríos, para que no se precipiten en atronadoras cascadas; talad los bosques, para que no les muestren su galanura; matad a las aves, para que no les deleiten con sus cantos; proscibid las acciones heroicas; extinguid el amor; envileced a la virtud; humillad a la gloria; entorpeded la inteligencia humana; despedazad el corazón, y negad a Dios. ¡Quizás entonces podréis alcanzar vuestro despreciable intento!

*
* *

¡Queridos compañeros!: ya que, como lo habéis manifestado, poseéis envidiables dotes para manejar la pluma....;

¡manejadla! El hombre que escribe, no muere; él labra con su propia mano el monumento que le inmortaliza. Las estatuas que se erigen a los grandes hombres consiguen también el mismo objeto, pero no son visibles en todos los lugares de la tierra: las obras literarias son monumentos que viajan y que hacen admirar al autor aun más allá de los mares. Por otra parte, aquellas, aun cuando estén labradas en marmol o en granito, son destruidas por la fuerza deletérea del Tiempo, que "con su ala débil las toca y las derriba al suelo," según la bellísima expresión del gran Olmedo; mientras que las obras admirables del ingenio permanecen inmutables en el transcurso de los tiempos, como sucede con las de Homero, Virgilio, el Dante y otros muchos, las cuales se han conservado intactas hasta nosotros y las conservarán con veneración los siglos posteriores.

Cultivad anhelantes vuestras inteligencias, porque no puede haber grandeza donde hay absoluta ignorancia; y dejad algún fruto de vuestro ingenio, para que no muráis, como la mayor parte de los hombres, el día mismo en que bajéis a la tumba.

Y vosotros, distinguidos oyentes, que formáis una gran parte del cerebro ecuatoriano, estimulad a los jóvenes de esta Sociedad, los cuales—a excepción del que os dirige estas palabras—constituyen una positiva esperanza para nuestra querida Patria, digna, por mil títulos, de figurar entre las naciones prósperas y felices.

Enero de 1904.

DISCURSO

pronunciado en representación de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central,
en la sesión solemne que dedicó ésta a la memoria del sabio profesor,

R. P. LUIS SODIRO

de la Compañía de Jesús

Señores:

SUCEDEN con los hombres superiores por sus virtudes, por su ilustración o por su talento, lo que con los robles seculares de la montaña.

Cuando éstos se hallan todavía en pié; la exuberante feracidad de la selva impide el que pueda admirárseles en toda su magnitud; su follaje aparece entrelazado con el de los demás árboles que le circundan, confundiéndole un tanto con ellos, y la espesura del bosque parece como que les ahoga y no les permite destacarse, ante el viajero, en toda su imponderable grandeza. Mas, cuando el hacha del leñador carcome sus raíces y los derriba al suelo, o cuando la nube preñada de tempestades lanza sobre ellos la chispa aterradora y les hace inclinar su copa hacia la tierra; entonces, sí, podemos apreciar, en toda su plenitud, lo gigantesco de sus ramas, el enorme espacio que han ocupado entre la selva y las galas y primores con que a la Naturaleza plugo enriquecerles.

Tal acontece con el hombre de mérito. Mientras alienta en su ser la llama de la vida; mientras se confunde su existencia con la de la compacta muchedumbre que le rodea; difícilmente se le mira destacarse por entre los demás hombres; parece que sus merecimientos se hallan como entremezclados con los de los otros seres que se alzan junto a él, y sus virtudes y talentos no son aquilatados en todo su valor. Pero, acerca hacia él, la Muerte, sus horripilantes pasos; le postra con su guadaña inexorable y se nos presenta clara, majestuosa, su gigantesca figura.

Estas reflexiones han asaltado mi mente al ver desaparecer del escenario del mundo a un hombre verdaderamente superior: al R. P. LUIS SODIRO, miembro conspicuo de la por mil títulos bonemérita Compañía de Jesús.

Sí, el eminente sabio, cuya desaparición eterna ha deplorado la sociedad ecuatoriana, sin distinción de clases y personas, poseía un conjunto de prendas y de méritos personales nada comunes.

Idólatra del saber, se dedicó, desde su juventud, a cultivar sus altas facultades intelectuales con diversos y fecundos conocimientos. Y, conocedor, más tarde, de que sus aficiones le llevaba al estudio de la Naturaleza, se entregó con tesón—como lo sabéis—a la ciencia de Linneo y D' Candolle, y se contrajo a ella con tal asiduidad, que llegó a ocupar—quizás sin pretenderlo—puesto prominente entre los más sabios botánicos del mundo.

Encontraba sus placeres y delicias en la investigación exacta y concienzuda de la flora ecuatoriana; en el descubrimiento de una nueva clase, de una nueva familia, de un nuevo individuo del gran reino vegetal. Ya se le veía trasmontar nuestras escarpadas cordilleras oriental u occidental, sin que le arredraran los rigores de la intemperie ni las sordas tempestades, que se desatan frecuentes en las cúspides andinas. Ya se le miraba recorrer las cálidas re-

giones del litoral, saturadas de peligros, en ciertas estaciones del año, por los miasmas deletéreos que despiden sus pantanos, sin que retrocediera jamás ante la consideración de que en esas excursiones pudiera acaso encontrar la muerte. . . . Y todo, por ampliar más y más sus investigaciones, por enriquecer incesantemente sus conocimientos, por servir de alguna manera a la Nación que le había llamado a su seno, por dotar a las ciencias naturales con algunas obras, productos de su ilustrada pluma, y por saciar, algún tanto, aquella sed de sabiduría, que interiormente le devoraba.

Y ¡qué ciencia tan útil a la que había dedicado todas sus energías! Una ciencia descubridora de múltiples secretos de la Naturaleza, que servirán, más tarde, de fundamento para que la alquimia encuentre en ellos un venero inagotable de salud, de vida, de lenitivo para las dolencias físicas de la humanidad.

Tanto más digno de encomio es el haberse dedicado a esta clase de estudios, cuanto que, en la actualidad, por desgracia, de nada se preocupan tanto los hombres, como de descubrir los medios más rápidos, más apropiados para aniquilarse, para destruirse los unos a los otros. Leed, si no, las crónicas universales de estos últimos tiempos. ¡Cómo se ingenian los hombres para producir, día a día, instrumentos cada vez más adecuados para difundir entre sus semejantes la desolación y la muerte! Si parece que la humanidad hubiera sido creada para odiar a la humanidad; y no para estrecharse entre sí con lazos indisolubles, ni para buscar unidos, los hombres, los medios más conducentes a la felicidad común, ni para marchar incesantes, apoyados los unos por los otros, a las gloriosas conquistas de la civilización!

Y aquellos medios de destrucción y de muerte, no siquiera se los inventa con la mira de defender el derecho contra las asechanzas de sus conculcadores. No, tampoco, con la de proteger la vida, la libertad, el honor y los de-

más derechos esenciales de los hombres; o la integridad y soberanía de los Estados contra las ambiciones de los poderosos. Esos medios de destrucción y de muerte se los inventa, se los perfecciona, en ocasiones, para lanzarse con ellos a la conquista de lo ajeno; para vejar y oprimir al débil; para desconocer toda obligación para con el menos fuerte, ya sea éste individuo o nación; para hacer que prevalezca—según la frase demasiado común pero muy significativa—el derecho de la fuerza sobre la fuerza del derecho.

Ahí está, como comprobación irrefutable de lo que acabo de expresar, la historia de varias naciones del globo en las agonías del siglo próximo pasado y en los albores del presente.

Contrista el ánimo, en verdad, observar que mientras algunos ingenios portentosos se esfuerzan—en cumplimiento de su sagrada misión—en sorprender los secretos de la Naturaleza, para hacerlos servir en bien de la humanidad; en acortar las distancias, para agilizar el comercio; en proporcionar a la industria los elementos aptos para su engrandecimiento; en escalar las alturas de la atmósfera, para burlar toda valla que pretenda oponerse al progreso humano; en destruir los maléficos gérmenes que pudiera corroer o matar nuestro organismo; en descubrir nuevos horizontes para la fecunda ciencia del Derecho, y en dar alguna solución acertada a los candentes problemas sociales, que hoy agitan a todos los pueblos del universo. . . .; haya otros que mediten sólo en desolar los hogares; en atizar la discordia entre individuos o naciones; en multiplicar los medios de exterminio, a fin de ostentar por donde quiera el fúnebre espectro de la muerte, y en procurar, así, que retrocedan los pueblos a los tenebrosos tiempos de la barbarie.

¡Oh!, si algún día iluminara a la humanidad toda, la antorcha de la sensatez y de la confraternidad sincera!

¡Oh!, si se hundieran para siempre, en las simas más oscuras, los odios, los rencores, las desastrozas rivalidades de los hombres!

¡Oh!, si luciera para todos la aurora de la regeneración social, convencidos de que los únicos lazos que no deben desatarse jamás, son los del respeto mutuo, los de la tolerancia recíproca y los de una eterna y fraternal concordia!

*
*
*

Mas, insensiblemente me he separado del objeto de este discurso, llevando vuestra ilustrada y benévola atención a otro orden de ideas. Servíos disculparme; ya que el anhelo del mayor perfeccionamiento humano—si bien pudiera calificarse hoy de utópico—germina espontáneamente en todo espíritu recto, en todo hombre de bien, y no siempre puede quedar oculto en las reconditeces de nuestro corazón.

Volvamos a lo que hoy nos ocupa.

La agricultura ecuatoriana, esa fuente fecunda de riqueza, que constituye, a no dudarlo, la mejor esperanza para el porvenir económico de la Nación, le debe al R. P. SODIRO incalculables servicios; ya que difundió los conocimientos relativos a la prosperidad e incremento de ella, en las sabias conferencias dictadas desde la cátedra universitaria, en las monografías que, de vez en cuando, daba a luz acerca de este particular y, sobre todo, en los oportunos y acertados consejos con que benévolamente auxiliaba a nuestros principales agricultores, que acudían a él para resolver sus dudas o para proceder con acierto, mediante su dirección, en las mejoras y proyectos agrícolas que trataban de realizar.

Y no sólo fué el R. P. SODIRO un varón eminentísimo por su saber, sino también altamente respetable por su acrisolada virtud.

Bien comprendéis que, sin ésta, la ciencia misma es muchas veces perjudicial; pero unidas las dos—ciencia y virtud—bastan para engrandecer a un hombre y colocarle a una altura inmensurable.

Las múltiples virtudes del R. P. SODIRO se hicieron ostensibles, ya en su incesante dedicación al cumplimiento de sus deberes; ya en su cariño para con el Ecuador, su segunda patria—como él la denominaba—a la que trató de servirle y enaltecerla de diversos modos; ora en su afabilidad y dulzura excepcionales, que se revelaban hasta en su apacible semblante, ora, principalmente, en la severidad de sus costumbres, exentas de toda mancha.

¡Ah!, Señores: ésto constituye, para mí, mayor mérito aún, que dedicar toda una existencia a las faenas del estudio, a pesar de ser ello tan digno de alabanza.

Permitidme que repita aquí lo que expresé, a este respecto, en otra ocasión tan solemne como la actual:

“Nada hay más admirable ni más digno de galardón que la virtud, por lo mismo que es tan difícil poderla practicar.”

“Vencer en los campos de batalla contra heroicos enemigos que agotan sus esfuerzos para obtener los laureles del triunfo, es, verdaderamente, árdua y asombrosa empresa; merecer la palma en las luchas del pensamiento, en las que se guerrea con la palabra o con la pluma y en las cuales se trata de apoderarse del inexpugnable castillo de las convicciones ajenas, es mucho más honroso y difícil todavía; pero alcanzar la victoria en la constante y fatigosa lucha con las propias pasiones, es, sin duda alguna, ascender a la cumbre del más admirable de los heroísmos, pisar el último peldaño en el sendero de la verdadera gloria y hacerse merecedor a la envidiable corona de la inmortalidad.”

*
* *

Os decía, al comenzar esta sencilla alocución, que cuando el árbol secular se viene a tierra, permite apreciar su grandeza por el enorme claro que deja en la montaña. ¡Ah!, y ¡qué de destrozos ocasiona su caída!..... De los arbustos que crecían a su sombra, mueren unos despedazados por el desplome de su protector y se agostan los demás, porque reciben ya directamente los ardorosos rayos del estío. Las aves, que trinaban antes entre sus frondas, huyen desfavoridas a refugiarse en otros árboles acaso inferiores, y, al verse sin su nido, callan, entristecidas, por algún espacio de tiempo.

Sumido el sabio en las misteriosas profundidades del sepulcro, las inteligencias juveniles, que se erguían a la sombra de sus instrucciones, decaen, se agostan, o, al menos, permanecen, por de pronto, estacionarias en su desarrollo; y la ciencia, que fué de la predilección de aquel, vuela, cual ave fugitiva, a posarse en otros cerebros talvez menos fecundos, permaneciendo también ella, siquiera sea por breve tiempo, lánguida y enmudecida.

Así acontecerá, sin duda, con aquellos conocimientos, que fueron enriquecidos por el R. P. SODIRO con sus importantes obras. ¿Quién continuará, entre nosotros, su fecunda labor?..... ¿En qué cabeza irán ellos a posarse, ya que ha caído para siempre el nido en que se albergaban en nuestra patria?..... ¡De seguro que también ellos plegarán sus alas en señal de duelo!

*
* *

Profunda y sólida ilustración; talento claro; austera virtud, jamás desmentida; cumplimiento infatigable de sus altos deberes; cultura y educación esquisitas; bondad ingénita del corazón..... ¿no fueron éstos los principales méritos del eximio sacerdote, cuya muerte unánimemente la-

mentamos?..... Y, decid, Señores, ¿puede, acaso, exigirse más de un hombre, para que sea acreedor a la veneración de sus semejantes y para que penetre triunfante y sereno en el privilegiado templo de la gloria?.....

Basta ya: no quiero fatigaros demasiado; y, para terminar, os diré que si he ocupado hoy esta honrosa tribuna, sin merecimiento alguno de mi parte, ha sido sólo porque he venido á cumplir con un sagrado deber; ya que la honorable Facultad de Jurisprudencia de esta Universidad tuvo a bien designar al ínfimo de sus miembros para que la representara en estos momentos, en que se trata de pagar una deuda de gratitud a uno de los profesores que más han honrado la cátedra universitaria, y de tributar, al propio tiempo, un homenaje público a su memoria.

Junio de 1909.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Dos palabras	I

BOSQUEJOS

Un viaje al Antisana	1
El lenguaje de los ojos	12
La tempestad en los Andes	16
Martirios y Mártires	19
El R. P. Enrique Faura	26
A bordo	29
Cara Patria	32
El Seminario Mayor	36
Un día de solaz	40
Algo acerca de Religión	47
El Monumento francés	60



DISCURSOS

El pronunciado en la Universidad de Quito, en la solemne distribución de premios relativa al año escolar de 1899 a 1900	65
En la velada con que celebró la Sociedad "Jurídico-Literaria" el segundo aniversario de su fundación	75
En la sesión solemne dedicada por la Universidad Central a la memoria del sabio profesor, R. P. Luis Sodiro	91